

Viejas historias de la Catedral Vieja

amente no le dábamos importancia. Pero si sorprendían sus
parecía como si los sonidos estuvieran de acuerdo con un edificio
vinto. Era como si hubiera un cuidado equilibrio entre la música



La Catedral de Santa María se yergue sobre la colina de Vitoria-Gasteiz con la dignidad propia de una gran dama. Durante siglos ha ejercido de fiel notario del devenir de la ciudad y sus gentes. Si las piedras hablaran, las de Santa María tendrían muchas historias que contar; unas propias, otras ajenas.

Porque la historia de la Catedral Vieja, como es conocida popularmente, es un compendio de innumerables vivencias, unas conocidas, la mayoría anónimas, pero todas ellas con un denominador común: el apego y el orgullo por un edificio emblemático para todos los vitorianos.

Los trabajos arqueológicos y de restauración están sacando a la luz hallazgos que desvelan el pasado de una ciudad mucho más antigua de lo que la historiografía convencional ha mantenido durante mucho tiempo. El subsuelo del edificio y de sus inmediaciones constituye un gran archivo de datos para esclarecer las claves de la primitiva y desconocida Gasteiz, núcleo de población anterior a la fundación de Vitoria en 1181.

La Catedral Vieja se ha convertido de esta forma en el mejor instrumento para interpretar nuestro pasado y entender mejor nuestro presente. Los restos arqueológicos y los textos históricos constituyen piezas esenciales para conocer

la evolución no sólo del edificio sino también de la ciudad y sus gentes. Pero no son los únicos testimonios.

Gran parte de la vida de la Catedral es también la suma de vivencias de personajes conocidos y anónimos. Experiencias, sentimientos y emociones han surgido a su amparo durante años para estrechar aún más los lazos de unión entre los vitorianos y un monumento de singular valor.

Algunas de ellas toman ahora forma gracias a esta iniciativa puesta en marcha por la Fundación Catedral Santa María, responsable de la gestión y ejecución del proyecto de restauración, en colaboración con la Diputación Foral de Álava. “Viejas historias de la Catedral Vieja” supone un reencuentro con el pasado, un nexo con el lado más humano del templo gótico.

Las historias contenidas en esta publicación representan el punto de partida para recuperar la memoria viva, las vivencias en blanco y negro de miles de vitorianos que tienen en la Catedral de Santa María un referente de sus vidas. A buen seguro que los momentos y anécdotas aquí recogidos despertarán del olvido otros muchos recuerdos.



Santa Maria Katedrala Gasteizko muinoan dago, zutik, emakume dotoreek ezaugarri duten duintasuna erakutsiz. Mendez mende hiriaren eta hiritarren gorabeheren notario leiala izan da. Harriak hitz egiteko gai balira, Santa Mariakoek hamaika istorio kontatuko lizkigukete, batzuk bertakoak eta beste batzuk kanpokoak.

Izan ere, Katedral Zaharraren –halaxe deitzen diote hiritarrek– historiak ezin konta ahala bizipen biltzen ditu. Batzuk ezagunak dira, gehienak ezezagunak, baina guztiek ezaugarri bereizgarri berbera dute: gasteiztarrentzat enblematikoa den eraikin horrenganako atxikimendua eta harrotasuna.

Arkeologia- eta zaharberitze-lanetako aurkikuntzek agerian utzi dute Gasteiz uste baino askoz zaharragoa dela, ohiko historiografiak luzaroan finkatuta izan duen data baino askoz lehenago sortu zutela, alegia. Eraikineko eta inguruetako lurazpia datu-artxibategi handia dugu, lagungarria hasierako Gasteiz ezezagunaren, 1181ean hiria sortu aurretik zegoen biztanleria-gunearen, gakoak argitzeko.

Horrela, Katedral Zaharra gure iragana interpretatzeko eta gure oraina hobeto ulertzeko tresnarik bikainena bihurtu zaigu. Arkeologia-aztarnak eta testu historikoak funtsezkoak ditugu nola eraikinaren hala hiriaren eta hiritarren bilakaeraren

nondik norakoak ezagutzeko. Baina ez dira testigantza bakarrik, inondik inora.

Dena den, Katedralaren bizitzaren osagaiak pertsonaia ezagun eta ezezagunen bizipenak ere badira hein handi batean. Katedralaren babesean, makina bat esperientzia, sentimendu eta zirrara sortu dira urteen joanean, eta horien guztien bidez are gehiago indartu dira gasteiztarren eta balio bereziko monumentuaren arteko loturak.

Horietako batzuk mamitu egin dira orain, Santa Maria Katedrala Fundazioak abian jarri duen ekimenari esker. Izan ere, Fundazioa arduratzen da, Arabako Foru Aldundiarekin batera, zaharberitze-proiektua kudeatzeaz eta aurrera eramateaz. “Katedral Zaharraren istorio zaharrak” gure iraganarekin topo egiteko abaguneak ditugu, tenplu gotikoaren alderdirik humanoena ezagutzeko aukerak.

Argitalpen honetan bildutako istorioak milaka gasteiztarri beren bizitzan erreferentzia izan den Santa Maria Katedralari buruzko oroimen bizia eta bizipen zuri-beltzak berreskuratzeko aukera emango dieten abiapuntuak ditugu. Hemen jasotako uneak eta pasadizoek ahaztutako beste oroitzapen ugari ere piztuko dituzte, ezbaierik gabe.

INDICE

PRESENTACIÓN	6
PRÓLOGO	8
CAYO LUIS VEA-MURGUÍA	14
JESÚS DAUBAGNA	22
VENANCIO DEL VAL	26
JOSE MARÍA PÉREZ UGARTE	32
ANTXON LETE	38
FÉLIX GONZÁLEZ	42
JOAQUÍN JIMÉNEZ	46
JUAN JOSÉ ORTÍZ DE MENDIVIL	52
PABLO ALEJO	56
JULIO MARTÍN ZUBILLAGA	60
JOSE IGNACIO LAFUENTE	66
JESÚS FERNÁNDEZ DE JÁUREGUI	72
JOSÉ MANUEL LASARTE	80
JOSÉ MARÍA SEDANO	84
IGNACIO LARRAÑAGA	90
FÉLIX MARTÍN LATORRE	94
ITOIZ URRETA	102
EPÍLOGO	106
FOTOGRAFÍAS	110
PLANO	112



LA VIEJA DAMA

La Vieja Dama se insinuaba poderosa tras los retazos de la luz de los faroles reflejada sobre el frenético trajín de los desorientados copos de nieve. Estaba cuajando ya una mullida alfombra sobre el irregular pavimento, que sellaba de blanco sus imperfecciones mientras un silencio solitario y opaco se iba apoderando de por las calles del burgo antiguo.

El caserío acababa de dormirse tranquilo bajo la presencia de su Catedral, arrebujado con un doble manto de blanca nostalgia y fría paz.

Todo parecía detenido menos el viento y sus livianos viajeros, o aquel muchacho insomne de adolescencia, carcelero de ensueños emergentes, arrojado por sus jóvenes desazones a la búsqueda de un tiempo aún no perdido pero tampoco hallado.

Eran sus sordas pisadas, crujientes, acompasadas, el único palpito de vida reconocible, aquí y ahora, allí y entonces, acaso el único consciente de su inconsciencia. Su figura se perfilaba entre la difusa y encabritada danza de los copos, avanzando contumaz, la mirada puesta en el hito inevitable, recurrente, asumido como el definitivo destino posible en la concéntrica traza de las calles: “Vieja Dama”, Catedral Vieja.

La sonrisa pensativa del joven se distendía casi burlona, atemperada por el frío, mientras que el brillo cómplice de sus ojos, pregoneros de una nítida determinación, anunciaba, tal vez, un fugaz recuerdo.

Tan sólo unos días antes, había inaugurado sin saberlo la tarea de proyectar su propio destino.

Sobre su ánimo pesaba la duda abrumadora que todo adolescente sostiene sin entender por qué, injustamente abrazado por ella, definitivamente, tan sólo consigo mismo.

Sabía –más bien lo supo mucho más tarde– que aquél había sido el momento en que se sintió capaz de asumir un reto que le venía siendo sutilmente presentado por su padre, desde casi el momento de su nacimiento en el número 22 de la calle Independencia. Influencias sembradas, transferidas de alma a alma, cuidadosamente alimentadas con discreta insistencia, nutridas con el paciente abono de una cultura paterna autodidacta, poso de ambiciones involuntariamente frustradas.

La arquitectura se le había ido impregnando así, de manera natural, humilde, vacunada preventivamente contra sueños de grandeza, desde la materia indestructible de la imaginación. El respeto por la obra construida catalizó finalmente como era acaso inevitable, en iniciativa vital. Trascendida desde el pasado, de acuerdo a unas reglas complejas, restringidas, percibidas como inexorables y, sin embargo, tan familiares, tan próximas, tan útiles. Pertenecer a aquel mundo, entenderlo, construirlo, devino en objetivo y el muchacho se dedicó, a partir de entonces, a mudar sus sueños en experiencia.

Así, sometido al influjo inexorable de la “Vieja Dama”, comenzó a merodearla curioso, seducido y tímidamente insistente. Contemplaba asombrado, como si fuera la primera vez, la potente torre coronada de pizarra, imaginando la imposible dicha de verse elevado algún día hasta el balconcito del capitel, bajo la



oculta campana del reloj que dispensa el tiempo vitoriano desde el mismo tiempo. El aspecto exterior del templo, incólume, sobrio y austero, no podía disimular la decidida vocación de la Catedral como defensora de la antigua villa medieval.

Y el tiempo de todas las cosas, que siempre termina por pasar, le llegó también un buen día a nuestro joven amigo, cuando finalmente se atrevió a presentarse en la parroquia tras la misa de diez y solicitar ingenuamente subir a la torre. El párroco, quizás algo visionario, debió percibir tras la mirada un tanto alucinada del adolescente tal irrefrenable deseo que aceptó, posiblemente sin saber por qué, la propuesta. Y quiso la fortuna –¿o fue acaso la “Vieja Dama”?– que oyese la conversación el alto y enjuto presbítero que en esos momentos traspasaba la cancela de la Sacristía desde la Capilla de Santiago.

El ya venerable canónigo don José Martínez de Marigorta detuvo su zancada y mudando un tanto su ceño equivocadamente adusto, sonrió a ambos, cura y visitante, y dirigiéndose al primero le dijo: “Padre, éste déjeme a mí”. Y agarrándole por el brazo, con una mano delicadamente larga, delgada y sorprendentemente firme, condujo al muchacho por el que iba a convertirse en su viaje iniciático.

Recién restaurado, el interior del templo resplandecía. La Catedral, con su interior más gótico que nunca, ya apenas católica, casi “luterana”, sin las arrugas y pátinas de la edad, despojada de ornamentos, se dejaba acariciar indolente y majestuosa por los rayos del sol de la primavera que entraban a raudales por los nuevos ventanales góticos implantados en los muros. La luz rebotaba

por los paramentos de piedra blanca blanqueada y parecía escurrirse por todos los rincones, aún los más ocultos, alumbrando las recién restañadas heridas de sus fábricas, ascendiendo hacia lo más alto de sus bóvedas mientras acompañaba al espíritu del privilegiado visitante.

Mudo por la impresión, deslumbrado por el contraste inesperado entre el oscuro ámbito de la Capilla de Santiago y la nave del crucero, el joven apenas podía mirar hacia arriba. Poco a poco logró forzar la vista y recorrer el espléndido y diáfano espacio en el que se encontraba. Las imágenes fueron ordenándose en su cabeza, asociándose con los conceptos que hacía ya largo tiempo le resultaban familiares y que se encontraban refugiados en aquel poso que su padre había ido depositando pacientemente a lo largo de su infancia: arco apuntado, arco fajón, nervadura, plementería, triforio, capitel, coro, gótico, renacentista, barroco...

De pronto, se dio cuenta de que la voz se dirigía a él y entonces miró hacia el canónigo que desde hacía un tiempo le observaba entre divertido y enojado.

–¿Me quieres decir en qué estás pensando? ¿Ya sabes lo que quieres ser de mayor?

Asombrado, el zagal acertó, no obstante, a balbucir.

–Yo, aaa... arquitecto.

En ese crucial momento lo supo. Había expresado algo más que un deseo. ¡Era una promesa!

–¿Ah, sí? Pues ven conmigo que te voy a enseñar algo.

Y agarrándole nuevamente con fuerza por el brazo, le hizo encaminarse hacia un estrecho portillo situado

en una de las esquinas del transepto, junto a la Sacristía de Beneficiados, que abrió prestamente con una gruesa llave de hierro que, como por arte de magia, extrajo de entre los insondables misterios de su sotana.

–¿Sabes chaval que en esta Catedral hay un pasadizo que se dice llega más allá de Judizmendi?

Así se explicaba el ilustre canónigo mientras ambos ascendían trabajosamente por la espiral peldañeada de la escalera de caracol, labrada piedra a piedra, siempre hacia lo alto.

La seguridad de su porte disimulaba una realidad en la que la edad ya comenzaba a causar sus efectos. Sólo desde cerca se podía reconocer en don José al anciano sabio al que su docta aura y severa presencia todavía arropaban. De hecho su bien amueblada cabeza podía, desde hacía algún tiempo, mucho más que el resto de su cuerpo y esta inexorable circunstancia le comenzaba a jugar malas pasadas.

Así, al llegar casi sin aliento al triforio, se dirigió de nuevo al joven arquitecto en ciernes.

–Mira majo, sigue por ahí tú sólo y das la vuelta al triforio hasta que me encuentres, que yo tengo que hacer algunas cosas por aquí.

–¡No puede ser cierto! ¡Yo, sólo en la Catedral! –pensó el joven poniéndose en marcha, siguiendo el torturado pasillo, mudo testigo de la titánica lucha sobrellevada por el templo contra la gravedad casi desde siempre.

Vistos desde arriba, los rayos de luz que atravesaban la nave mayor potenciaban el misterio de la seriada arquitectura del triforio, imbuyéndolo de un halo irreal. Recorrió lentamente toda su traza,



“La Vieja Dama se insinuaba poderosa sobre el frenético trajín de los desorientados copos de nieve...”.



“La Catedral se dejaba acariciar indolente y majestuosa por los rayos del sol...”

deteniéndose en aquellos puntos donde la “Vieja Dama” suele revelar sus cuitas a quien tiene la paciencia de escucharlas y se confía a ella. El mozo ya se había olvidado de todo cuando se topó de nuevo con el canónigo.

–¿Dónde te has metido que has tardado tanto? ¿No ves que no te va a dar tiempo de subir a la torre? ¿No habías venido a eso? ¡Anda, espabila y baja por aquí!

Con las fuerzas recuperadas, acostumbrado a ello, el anciano bajó rápidamente el caracol de piedra seguido a duras penas por su joven huésped, temeroso de dar un traspies que finalizara con ambos maltrechos al final de la inacabable escalera.

De nuevo en el aula, tuvo tiempo de fijarse en las esbeltas columnas de la nave principal y en la imposible deformación que tenían dos de ellos. Al pensar que acababa de estar justo encima de ellos, en el triforio, sintió el primer escalofrío premonitorio de otros muchos –no podía aún saberlo– que por su “Querida Dama” iba a sentir mucho más adelante.

Marigorta, esta vez, fue directo al grano.

–No te preocupes por ella, ahora ya está segura, la han reforzado con esos tirantes metálicos y, como dijo Monseñor Peralta, ahora tenemos Catedral para otros seiscientos años. Mira, ahora vas a subir por esa escalera de allí, es como la otra pero más alta. Te lleva directamente a las campanas. Te doy sólo media hora, sube y sé puntual, que tengo muchas cosas que hacer. ¡Anda, corre!

La ascensión curiosamente le llevó muy poco tiempo. La ansiedad acumulada de tantas esperas le dio alas; enseguida alcanzó la primera plataforma de

madera sobre las bóvedas del pórtico y de allí al cuerpo de campanas en un santiamén. La vista con la que se regaló aquella mañana quedó grabada para siempre en su retina, sintió su pertenencia a la ciudad que se extendía allá abajo, absorbió la belleza plástica del caserío y su entorno, tan próximo, policromado con todos los verdes.

Olvidó todo, Marigorta incluido, y se dejó llevar por aquellos sueños que desde la adolescencia forjan el futuro posible, el camino verdaderamente transitable.

Y de pronto retumbó ensordecedora, justo sobre su cabeza, la campana del reloj, cumpliendo su exacto deber. Impulsado por el susto recibido bajó velozmente hasta la nave, pensando apurado la regañina que iría a recibir. El canónigo le esperaba burlón al pie de la última grada.

—¿Vaya susto, eh? ¿Puedes oírme? Bueno, bueno... ¡así que arquitecto...! Bien, pues que tengas suerte, pero ya no podrás construir una catedral aquí... ¡¡¡porque ya tenemos dos!!!

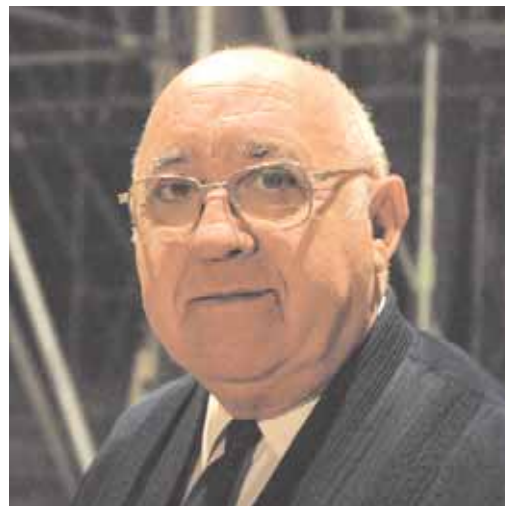
Casi cuarenta años después, el viento arreciaba de nuevo al pie de la torre de la Catedral que apenas se intuía entre los remolinos de nieve. Junto a las verjas de hierro fundido del pórtico, el arquitecto dirigió una última mirada al telón instalado para proteger del frío al equipo de restauradoras y sobre el que había sido reproducido fielmente el dibujo de la portada central. “Ha quedado bien”, pensó. Sonrió feliz de haber podido renovar sus votos ante la “Vieja Dama” y embozándose su bufanda, se dirigió presuroso hacia su coche, arrastrando su leve cojera por la capa blanca que todo lo igualaba.



JUAN IGNACIO LASAGABASTER GÓMEZ

Director Técnico de la Fundación Catedral Santa María
Jefe del Servicio de Patrimonio Histórico Arquitectónico
de la Diputación Foral de Álava

“... que estiliza y exalta su figura, que la convierte en etérea a pesar de su masa, que la sublima al confundirla con el azul”.



CAYO LUIS VEA-MURGUIA

Director durante casi tres décadas de 'Los Pequeños Amigos del Seminario' y autor de un centenar de obras de teatro, Cayo Luis Vea Murguía se define a sí mismo como un “animador”, una persona que entiende la ciudad como una gran familia en la que la Catedral de Santa María es la principal estancia de la casa. Autor del famoso eslogan “Vitoria, donde la alegría baja del cielo”, ha sido el promotor de mil y una actividades en barrios, cofradías y asociaciones.



"Viejas historias". ¿Viejas? ¿Qué son nuestros setenta años recortados frente a los siete siglos largos de la Catedral de Santa María presidiendo desde la altura la vida de esta comunidad entrañable, de la "familia grande" que es mi Ciudad? ¿Cuántas generaciones han fijado su mirada en ella para buscar la razón de ser de su quehacer y de sus sueños?

Y, sin embargo, esa inmensa mole de piedra lanceada por las ventanas ojivales, que apunta al cielo desde una torre en que la pirámide curvada del pináculo octogonal es su cabeza de flecha, significa para nosotros la doble referencia a nuestra fe y a nuestro pueblo: es el símbolo de nuestro compromiso.

Mi esposa tendría muchos más títulos para desgranar sus añoranzas. Nació en la curva ascendente de la calle Santa María, prisionera entre la Catedral y la Iglesia de San Vicente. Yo, sin embargo, soy de la primera vecindad de la calle Herrería, donde se funden las campanas de San Pedro y San Miguel. Me cristianaron en la misma pila bautismal que a la Santa de la 'Herre' –que años después sería fundadora de las Siervas de Jesús– y al Beato de la 'Zapa' –nuestro Beato Tomás de Zumárraga–. No fue hasta cumplir mi primer año cuando me llevaron al otro extremo de la calle, a la vecindad de la Virgen del Buen Camino, frente al Portal de Aldave, y me convirtieron oficialmente en feligrés de la Parroquia de Santa María.

Quizá por eso mi visión más entrañable de nuestro primer templo es aprovechando esa toma desde lo profundo de la plazuela de la Fuente de los Patos, que estiliza y exalta su figura, que la convierte en etérea a pesar de su masa, que la sublima al confundirla con el azul.

Años después la vida me llevó luego por otros senderos, y tanto los altavoces que pusieron a mi disposición –"Vitoria, donde la alegría baja del cielo"–, como mi incorporación emocionada a la Cofradía de la Virgen Blanca, latido vivo de nuestro sentido de tarea compartida, me empujaron a fijar la vista en otro campanario, en el de la Iglesia de San Miguel.

Pero esta ampliación del horizonte a día pleno en un asombroso marco de verdes del que todos nos sentimos orgullosos no puede hacer palidecer siquiera la luz de aquel primer amanecer en los recovecos angulosos de nuestras rúas gremiales.

La solemnidad augusta de la Catedral, la íntima vivencia parroquial, el sugestivo encuadre de las viejas tramas de calles y cantones nos habían marcado para siempre.

Sin embargo, mi memoria me devuelve a los once años –en octubre de 1942 ingresé en el Seminario, en la receptoría de Laguardia– edad en la que comencé a sentir el estremecimiento interior de los dos templos: de la Catedral y de su Capilla de Santiago, nuestra Parroquia de Santa María.

El de la Capilla, reducida por fuerza, con cabida limitada a muy poquito más de dos centenares de fieles, transmitía una sensación cálida de acogida, de luminosidad inmediata por las tallas en oscura y brillante madera de subida –Fe, Esperanza y Caridad– y entorno del púlpito –los cuatro evangelistas–, en las cercanas imágenes –la Dolorosa, las Animas, San Judas– del Santero de Payueta.

También en la Catedral había un delicioso recuerdo de Mauricio Valdivielso: un 'Nacimiento' colocado muy cerca de la entrada que nos acer-

cábamos a curiosear desde el pórtico cuando estaba medianamente iluminado, para admirar las orejas del burro que sustituía a la mula tradicional. Pero, para visitar al Santísimo en el fondo del ábside, en la oscuridad total, veladas como estaban las vidrieras, retrocedíamos al escuchar el aleteo de los murciélagos, temblábamos al sentir bajo nuestros pies las tablas resquebrajadas de la tarima.

En las fechas importantes, con todas las luces encendidas, el grandioso templo se presentaba como una decoración irrepetible. Incluso los arcos codales se nos antojaban andamiajes fantásticos para soportar el peso de arcos y columnas.

Aquellos años cuarenta coincidieron con el nacimiento de la Escolanía de Tiples, impulsada por el Beneficiado del Cabildo, don Dimas Sotés, y el momento del máximo auge del Seminario Diocesano de Vitoria, que se traducía en una Schola Cantorum potentísima. ¡Cómo sonaban conjuntas, una y otra, en las grandes celebraciones!

En los intervalos entre responsorio y responsorio, los tiples de la Escolanía y de la Schola –teníamos trece o catorce años– nos perdíamos por los túneles de los pasos de ronda, gateando cuando pasábamos ante las vidrieras para que no nos vieran desde la nave, trepando por las cubiertas hasta la balconada de la torre,... Era un mundo de fantasía servido sin intermediarios, con el riesgo añadido de la reprimenda si no estábamos a tiempo cuando el director empuñaba la batuta.

Más tarde, enhebrando ya nuestros estudios de filosofía, pudimos ser testigos de otros momentos del máximo relieve. Las oposiciones a canonjías



–casi siempre exclusivas de profesores nuestros– con una puesta en escena que ahora nos resultaría inimaginable. ¡Aquellas oposiciones! ¡Aquellos opositores, que terminaron en el cardenalato, en el arzobispado, que podían haber alcanzado en su totalidad la mitra! ¡Qué relación tan estrecha había entonces entre Catedral y Seminario!

Fuera de las horas de rezo de los entonces numerosos miembros del Cabildo –canónigos y beneficiados– se antojaba un palacio de sombras, absolutamente ajeno a la capacidad de convocatoria para la que se suponía creado.

Aquellos meses de 1960 en los que le ayudé allí a misa –sin testigos, en la Capilla de San José– al Vicario Capitular, que bisbiseaba sus latines con piedad solemne y estremecida, decidieron sin duda mi compromiso de animador de la participación del pueblo en el Santo Sacrificio, que dura ya más de cincuenta años.

Fue a unos metros de allí, en la Parroquia. Habíamos mimado en la Capilla y Catequesis de Santa Isabel aquel texto castellano de don Manuel González, el Obispo recientemente elevado a los altares, cuando el párroco don Román Rodríguez, segundo maestro de ceremonias de la Catedral –el primero era el inefable don Félix Ortiz de Mendivil– nos pidió que recreáramos la Juventud Masculina Parroquial.

–Sólo una condición, don Román. Que un sacerdote vaya ayudando a vivir la Misa de los domingos a los jóvenes que traeremos aquí. Le ayudaremos con el coro. Que no sea una misa con el Rosario rezado desde el púlpito.

–Yo no tengo ese sacerdote que decís. Lo que proponéis no se practica en ningún otro templo...



“La solemnidad de la Catedral y el sugestivo encuadre de las viejas tramas de calles y cantones nos habían marcado para siempre”.



“La gran baza de la apuesta resultaba ser la supresión de los arcos codales de la nave central...”

–Pues entonces...

–Entonces, probad vosotros mismos a experimentar lo que proponéis. Que alguien hable, que alguien dirija, que alguien escoja las canciones. Yo os escucharé desde el confesionario. Si no me gusta lo que estáis haciendo, os lo diré.

Había cumplido hace mucho los ochenta años y faltaba todavía más de un lustro para el Concilio Vaticano II. El acto era a las ocho de la mañana. Pero funcionó el boca a boca. Y eran muchos los domingos en que más de un centenar participaba de pie. Duró hasta que, fallecido don Román, nombraron un nuevo párroco. Pero antes de morir había dado luz verde a otro proyecto.

–Don Román, queremos organizar esta Cuaresma unos Ejercicios Espirituales para novios. Nosotros escogeríamos el ritmo, el estilo, los temas y los ponentes.

–Tenéis la parroquia a vuestra disposición. Escoged las fechas.

–No, las fechas ya las tenemos pensadas. Pero la Capilla va a resultar pequeña. Hemos creído conveniente que sea en la Catedral de Santa María.

Y nos hizo la gestión ante el Cabildo. Y el amplísimo espacio de la Catedral terminó por resultar insuficiente ante las riadas de parejas que llegaban por calles y cantones. Quizá ni antes ni después se ha programado nada semejante. Se cortó porque comenzaron las obras de reforma de la Catedral, en 1961. Los que habíamos vivido los esplendores y limitaciones de los veinte años precedentes no acertábamos a encuadrar las posibilidades de aquel proyecto, esencialmente estético, con que se prometía devolver al templo sus mejores esencias.



En los momentos previos se habló más de la recuperación de la luminosidad de las vidrieras, algunas de las cuales habían sido, al parecer, tapiadas en otros tiempos para limitar el frío. Lógico, por otro lado, en una fábrica como aquélla, sin freno alguno para los vientos que la azotaban en la cima de la colina. Parecía el argumento para la razón. Pero luego se llamó a los sentidos.

La gran baza de la apuesta resultaba ser la supresión de los arcos codales de la nave central, sustituidos por aquellos tirantes metálicos “pintados de aire, para que no se vean”, cuyo atornillamiento en el exterior nos decepcionaba tanto. Pero no hay que ocultar que nos deslumbró la clara diafanidad, la verticalidad airosa y sutil que ofrecía a la conclusión de la nave que ahora se nos antojaba más larga y más alta.

Aunque el gran descubrimiento –de “des-cubrir”, “des-velar”– fue la puerta de Santa Ana, desemparedada en aquel rincón donde habíamos jugado a la pelota tantas partidas de ‘puche’.

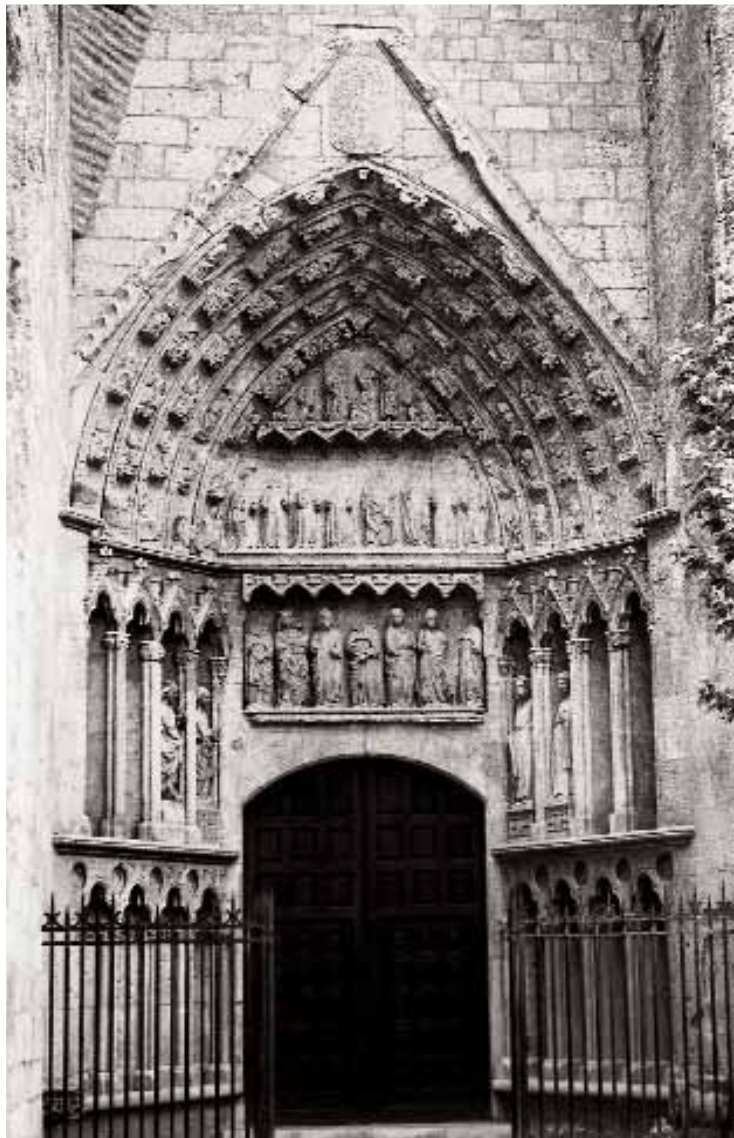
Por supuesto, la Catedral es, por encima de fortaleza, de monumento y de testigo histórico con difícil paralelo, la ‘casa del Señor’, ‘casa del pueblo de Dios’, ‘casa del encuentro en la oración’. Todo en ella está rimado para conseguir la conjunción exacta de la alabanza a la grandeza del Creador y la llamada a la incorporación de la comunidad humana a su Reino. Desviar el objetivo como un servicio al arte o a la ingeniería supondría un desenfoque total.

Pero reúne condiciones –de escenario, de sonoridad, de evocación, de llamada la intimidad en su

abrumadora magnitud– que la hacen tentación abierta –lo ha sido muchas veces– para otras apoteosis.

Nos correspondió, cerrados ya los setenta, ofrecer allí un grandioso concierto de los Niños Cantores de Viena. Pese a su cacareado desplazamiento, la respuesta desbordó todas las previsiones. El éxito fue total para los patrocinadores y marcó un hito en las manifestaciones artísticas. Con una nota negativa a la que parecemos habernos acostumbrado en los espacios de culto: la decepción de los visitantes por la falta de dignidad de los servicios complementarios, higiénicos, por ejemplo.

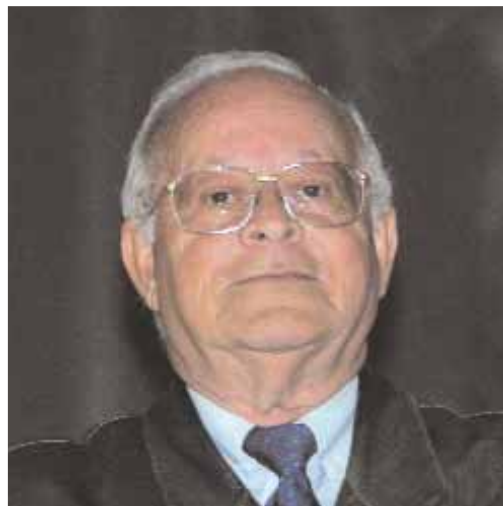
Ahora, ahí andan de nuevo. Los que aportan su ayuda –instituciones, patrocinadores– exigirían una utilización plena de una maravilla que es orgullo del pueblo. Los que intentan defender que cada instalación debe utilizarse esencialmente para lo que fue creada han manifestado muchas veces que corremos peligro de degradar el símbolo de nuestro compromiso con la fe y con la historia de nuestro pueblo.



“Aunque el gran descubrimiento fue la puerta de Santa Ana, desemparedada en aquel rincón donde habíamos jugado a la pelota tantas partidas de ‘puche’ .



“Así, entre el coro y las clases, pasábamos los días en la Catedral...”



JESÚS DAUBAGNA

La casa de Jesús Daubagna es, tal y como él mismo reconoce, un museo. Jubilado de banca, esculpe el barro y la madera, realiza impresionantes figuras de alabastro y pinta con maestría cuadros al óleo y al carboncillo. Un accidente con una máquina, que le seccionó los dedos anular y meñique, truncó una posible carrera musical como violinista. No obstante, desde ese incidente se dedica –como afición– a fabricar a mano violines. Reconoce que Santa María no sólo le ha proporcionado devoción por la música, sino también compañeros de aquella escuela de tiples situada en un rinconcito de la Catedral que, a pesar de tantos años



Yo era alumno de la Escolanía de Tiples que fundó el maestro de Capilla de la Catedral de Santa María don Dimas Sotés en 1939 y, además, reconozco que de los más traviesos. De mi paso por la Catedral recuerdo con especial claridad al campanero, que era sordo y arrastraba los pies al caminar. En una ocasión, en una misa pontifical, a mí se me ocurrió colgarme de las sogas mientras el sacerdote estaba diciendo el sermón. Me columpiaba encantado. El canónigo oía las campanas y miraba al campanero, que no entendía su zozobra. Al final, hubo de interrumpir su discurso –creo que versaba sobre el infierno porque algunos chiquillos estaban hundidos en el banco presos del miedo que sentían– para hacer llegar un recado al campanero. Éste, al que apodábamos ‘Cuasimodo’, se levantó y me encontró jugando aún con el badajo. Todavía recuerdo la torta que me dio con toda la palma de su callosa mano. Por lo general, solía castigar nuestras diabluras dándonos con la llave de la puerta, una llave enorme de hierro.

Así, entre el coro y las clases, pasábamos los días en la Catedral pero, a veces, las demás parroquias de Vitoria nos llamaban para cantar en sus iglesias. En esas ocasiones, después de participar en la liturgia, las monjas nos daban de desayunar un tazón de café con leche con pan y nos pagaban un poquito de dinero que entregábamos a nuestros padres. También recibíamos algunas monedas cuando el Viernes Santo cantábamos el sermón de las Siete Palabras en la Parroquia de San Vicente.

En vacaciones de verano íbamos al Seminario nuevo, en la calle Beato Tomás de Zumárraga, a jugar al fútbol, y eso que allí no dejaban jugar a nadie.

Disfrutábamos dándole al balón más o menos por espacio de una hora, después ensayábamos música durante otra hora y, al finalizar, las monjas nos tenían preparado chocolate recién hecho. Una vez me subí a la tarima –aprovechando un desliz de don Dimas, que se había alejado un momento para fumarse un cigarrillo con el director de la escuela del Seminario, el maestro Zapirain–, y me puse a dirigir el ensayo de mis compañeros. Todos se rieron mucho con aquello.

Otra de las escenas que se me ha quedado grabada en la memoria es la larga marcha de los seminaristas desde el Seminario nuevo hasta la Catedral de Santa María. En fila, de dos en dos. Cuando los primeros ya habían entrado al templo los últimos aún no habían salido del Seminario. Todavía hoy, desde la ventana de mi casa, puedo distinguir el recorrido que hacían por las calles de Vitoria.

Y la música. Estoy convencido de que el coro de los seminaristas, la Schola Cantorum, ha sido el mejor que ha tenido y podrá tener esta ciudad. En las grandes celebraciones, como por ejemplo las de Semana Santa, los tiples cantábamos con ellos. Entonces la Catedral relucía como nunca y no cabía un alma más.



“Entonces la Catedral relucía como nunca...”



“Resulta notable ahora el silencio del órgano, un extraordinario instrumento traído expresamente desde Alemania...”



VENANCIO DEL VAL

Nombrado Hijo Predilecto de Vitoria, Venancio del Val es autor de más de ocho mil artículos periodísticos firmados con una treintena de pseudónimos. Testigo directo de la historia de la Álava del siglo XX, evoca en estas líneas con especial cariño a semaneros, pertigueros, sochantres,... figuras ya desaparecidas de la vida diaria de la Catedral. A lo largo de su vida ha sido ganador de varios concursos de música y es uno de los fundadores de la Coral Manuel Iradier. Aún entona de memoria los cantos gregorianos de su infancia.



Nací y viví muy cerca de la Catedral, hacia el final de la calle Correría. Asistía a clase en una escuela gratuita en El Campillo. Un buen día, el maestro de Capilla de la Catedral de Santa María, don Dimas Sotés, fue al colegio con el fin de seleccionar a aquellos niños que tuvieran una voz adecuada para ser instruidos como tiples. Resulté ser uno de los escogidos y puede decirse que de ahí surgió todo lo que después he hecho y he sido en esta vida. Todavía me vienen a la memoria aquellos cánticos de mi niñez.

Mis recuerdos más queridos de la Catedral podrían fecharse entre los años 1918 y 1924. Entonces el templo era muy distinto. Para empezar se encontraba surcado por una Vía Sacra, un majestuoso pasillo que unía el coro de canónigos y el altar, y que había sido diseñado por el arquitecto vitoriano don Justo Antonio de Olagibel.

La Vía Sacra, que ha sido descubierta en las excavaciones, estaba limitada por ambos lados mediante un ligero enverjado que la separaba de los fieles. En las fechas señaladas desfilaba por ella el Cabildo. Precedía el cortejo –tanto dentro como fuera del templo en las procesiones– el pertiguero, vestido con un blusón largo del color que correspondía a la liturgia. Éste podía ser blanco, morado verde. En su mano derecha sujetaba con firmeza la pértiga –de ahí su nombre– y en la izquierda sostenía la teja sacerdotal.

Tampoco el coro es ya el mismo. En aquel tiempo estaba constituido por dos alturas y se encontraba próximo a las puertas de acceso al pórtico. Se accedía a él por unas entradas laterales. El ingreso al coro por su parte central se cerraba por unos

barrotes de hierro. En la parte lateral superior se colocaba una placa que decía 'Hic est chorus' (Aquí está el coro). Este cartel se mudaba de lugar cada semana y servía para indicar la alternancia en los rezos de las horas canónicas.

Había dos filas de sillería. En la parte baja se sentaban los beneficiados, los cuales lucían manto y dulleta negra, prendas que se llevan por encima de la sotana. En la segunda planta –a la que se accedía mediante unas pequeñas escaleras situadas en los laterales– se encontraban los canónigos, vestidos de roquete y dulleta morada, de seda en verano y de tejido fuerte en tiempo invernal.

En el centro y la parte anterior del coro se hallaba un facistol, desde el que los tiples –que íbamos ataviados con sotana roja y roquete– entonábamos las antifonas y lecturas. También lo hacían los salmistas y los dos sochantres, que eran los encargados de dar inicio a los cantos de los salmos. Recuerdo que uno de ellos era seglar. No me puedo olvidar de mencionar la figura del semanero, el encomendado durante esa semana de controlar el buen hacer y el orden en los cantos y las oraciones.

Resulta notable ahora el silencio del órgano, un extraordinario instrumento traído expresamente desde Alemania que no funcionaba con electricidad, sino que se le daba aire con una especie de palanca que movía una persona.

Es, tal vez, la música aprendida y escuchada entre las paredes de este templo lo que más recuerdos y remembranzas me traen hoy a la memoria. A los sonidos de nuestros cantos y del órgano se unía en ocasiones los de la orquesta.



“La Vía Sacra estaba limitada por ambos lados mediante un ligero enverjado que la separaba de los fieles”.



“Un buen día, el maestro de Capilla de la Catedral de Santa María, don Dimas Sotés, fue al colegio con el fin de seleccionar a aquellos niños que tuvieran una voz adecuada para ser instruidos como tiples”.

¡Cuántas veces habré ido a avisar a los músicos de que debían tocar en la Catedral de Santa María a determinada hora del día! Los conocía a todos por sus nombres, sabía dónde vivían y dónde podría encontrarlos en cada momento. No eran, por supuesto, músicos profesionales. Todavía no estaba inaugurado el Conservatorio. Uno de ellos trabajaba en una ebanistería, otro en una oficina bancaria,...

Falta también ahora ante mis ojos el precioso altorrelieve representando a la Asunción de la Virgen María, a cuya advocación están dedicadas la Diócesis y la Catedral, como es sabido. Y mis manos desearían recibir el 'pax tecum'. Así como ahora se da la paz en las iglesias por medio de un estrechamiento de manos o un beso o un abrazo, en la Catedral Vieja se daba a besar una placa o plancha de metal plateado con una imagen en relieve. Le llamábamos vulgarmente el 'pax tecum'. Se cogía con una especie de estola larga y ancha que solía ser del color litúrgico del día. Eran los monaguillos los encargados de pasarla uno a uno a todos los componentes del Cabildo.





“Me parecía como si los sonidos estuvieran de acuerdo con un edificio tan magnánimo como la Catedral y ambos ascendieran hacia el infinito”.



ANTXON

LETE

Si hay una constante en la vida de Antxon Lete es su pasión por la música. Esa afición que siendo niño le llevó al Conservatorio para formar lo que hasta entonces no había sido sino una vocación, y después al coro de la Catedral de Santa María para convertirse finalmente en una forma de vida. Creo su primera agrupación musical en el colegio Samaniego en 1968, a la que siguieron otras como el coro joven de este centro o el grupo Alaitz. Como no podía ser de otra forma, sus recuerdos sobre el templo son coneros.



Mis recuerdos más emotivos sobre la Catedral de Santa María se remontan a 1949, cuando yo apenas tenía diez años. Después de haber estudiado música en el Conservatorio municipal de Vitoria durante cuatro cursos, me llevaron a la Catedral para que formara parte de los niños cantores. Todavía puedo ver y escuchar aquel coro formado por dos bajos, un tenor y seis tiples. Allí ensayábamos y cantábamos a diario en las misas de canónigos y beneficiados, y también en los funerales.

Las misas y las celebraciones en la Catedral eran solemnísimas, me encantaban. Llamaban mucho la atención entonces las vestimentas artísticas de los sacerdotes, el coro, las procesiones, el olor a incienso. Eran unas celebraciones totalmente teatrales y estaban llenas de misterio. Aún puedo oír la sonoridad que tenía la nave central, maravillosa, era la justa.

De niños, la Catedral nos parecía un monumento enorme, y artísticamente no le dábamos importancia. Pero sí nos sorprendían sus naves góticas, y yo la comparaba con lo que hacía, con la música. Me parecía como si los sonidos estuvieran de acuerdo con un edificio tan magnánimo como la Catedral y ambos ascendieran hacia el infinito. Era como si hubiera un cuidado equilibrio entre la música que hacíamos y aquel espacio tan inmenso. Generaba vibraciones mágicas, las recogía y elevaba, era algo grandioso. Ahora la sonoridad ha cambiado mucho; el suelo es de baldosas, no de tarima como sobre la que descansaba entonces la nave central, y hay una reverberación importante. Durante estos años coincidí con dos organistas: Jesús Virgala, el titular, y Sancristoval, el suplente.

En aquella época, en la década de los cincuenta, la sala en la que nos vestíamos los niños que cantábamos estaba abandonada y sucia. Pero por pertenecer al coro nos pagaban una cuota. ¡Era una auténtica servidumbre! Nos daban entre once y siete pesetas, según el puesto que ocupábamos. Y también íbamos al colegio en la misma Catedral: el aula estaba en el espacio en el que ahora se encuentran las oficinas de la Fundación, y allí un beneficiado daba las clases, mal dadas y sin prestarnos demasiada atención.

De mis días en el templo recuerdo especialmente, por lo que nos sorprendía, haber asistido a las grandes oposiciones que hacían los canónigos para ocupar los puestos que quedaban vacantes. Tenían que hacer defensas en latín de un tema propuesto por los examinadores. Eran oratorias larguísimas, ¡y todas en latín!

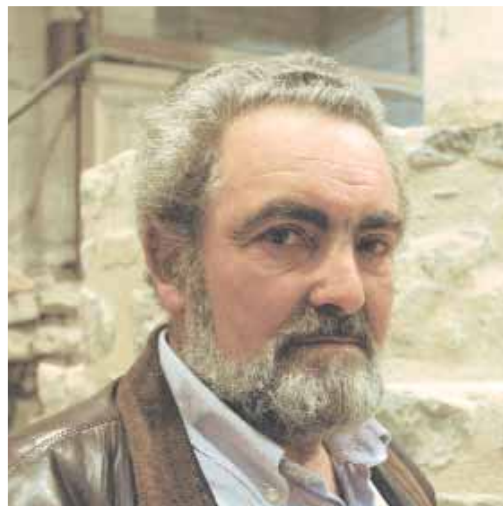
También nos llamaban mucho la atención los toques de las campanas que anunciaban los oficios y las misas. Un cuarto de hora antes de que éstos empezaran, el campanero comenzaba a tocarlas. En el momento del inicio de la celebración todo el mundo tenía que estar dentro de la Catedral y colocado en su sitio. Era muy divertido ver a los canónigos corriendo para llegar puntuales, porque de lo contrario, si no estaban en su puesto antes del primer 'Gloria', les descontaban dinero de su nómina. El campanero se pasaba quince minutos tirando de la cuerda de la campana, que era larguísima, desde la calle. De vez en cuando, los niños que nos arremolinábamos a su alrededor le pedíamos que nos dejara tocarlas, y lo hacíamos durante un ratito. Años después las campanas se

electrificaron, así que ya no era un trabajo tan pesado como antes. Tampoco tan emocionante.

Pero poco a poco y con el paso de los años todo cambió. Con el Concilio Vaticano II, en 1965, se suprimieron estas ceremonias tan solemnes, así que, de repente, las celebraciones polifónicas desaparecieron, y se pasó a la época de los micrófonos y el canto melódico. El Obispo dejó de asistir habitualmente a la Catedral, la gente también y, a partir del año 70, ésta se quedó prácticamente relegada a museo, casi hasta ahora. Y es que los oficios se trasladaron entonces a la Catedral Nueva mientras en la Vieja se hacían reformas.



“Entonces, los andamios eran de madera y estaban hechos con tablonajes”.



JOSE MARÍA PÉREZ UGARTE

Su primer contacto con la Catedral Vieja surgió, siendo muy jovencito, subido a un andamio retocando paredes, cubiertas y vidrieras en la restauración de la década de los sesenta. Fue entonces cuando descubrió cada rincón del templo gótico y cuando apreció el valor del edificio en sí mismo. Con la perspectiva que da el tiempo, José María Pérez Ugarte se pone de nuevo un casco, para comparar aquella restauración con la actual y recordar la influencia que ha tenido en su vida.



Hasta que no empecé a trabajar en su restauración no conocía la Catedral. Había ido de chaval a misa, al Rosario, a la Misa del Gallo, porque vivía en la calle Herrería, pero nada más. Sin embargo, cuando tenía dieciocho o diecinueve años conseguí un trabajo en las obras de rehabilitación que se hicieron en los años sesenta. Yo descubrí todo en ese momento.

Se empezaron en 1961 por encargo del Ministerio de Conservación del Patrimonio de entonces, o algo así, y el arquitecto principal era Manuel Lorente. Durante cinco años trabajamos allí entre veinticinco y treinta personas, además de los diferentes gremios que fueron pasando. Entonces se comentaba que aquellos trabajos habían costado entre cincuenta y sesenta millones de pesetas de la época.

Cuando empezamos, aquello era una verdadera ruina. La Catedral es un claro ejemplo de equilibrio inestable porque se sostiene una parte contra la otra. Al iniciar los trabajos las bóvedas estaban desconchadas y los suelos estaban deshechos. Éstos eran de tarima y debajo estaban los enterramientos que hubo que sacar cuando se echó hormigón. Además, había movimientos. Estaba peor que mal y había muchos elementos que estaban tapiados y se fueron descubriendo poco a poco.

Durante esos años se llevaron a cabo numerosas actuaciones. Se hizo toda la limpieza de los muros interiores y parte de los exteriores; se renovaron las cubiertas y se cambió parte de la teja; se recuperaron bóvedas, porque algunas estaban agrietadas; se pusieron los tirantes que hay ahora en los arcos codales de la nave central; se abrieron ventanas y se elevó la fachada de la Capilla de

Santiago, entre otras reparaciones. También se cambiaron las vidrieras de la girola, sobre los años 1963 ó 1964. Las hizo Carlos Muñoz de Pablos, el maestro artesano de Segovia. Recuerdo que él las hacía en su taller y según las iba terminando venía a Vitoria y las colocaba.

La verdad es que no se puede comparar aquella restauración con la que se está haciendo ahora. En la actualidad se cuenta con una tecnología muy avanzada. Entonces, los andamios eran de madera y estaban hechos con tablonajes. Los apuntalamientos también eran de madera, y se hizo todo prácticamente a mano, con poleas. Por ejemplo, se recuperó la piedra de los arcos del miedo de forma manual. Era la forma de trabajar de aquellos años, algo que hoy no sería concebible, aunque entonces también hacía mucho frío. Sin embargo, hubo mucha suerte porque durante esos cinco años no hubo ningún accidente ni ninguna lesión. Ese era el miedo que tenían los canónigos, ya que en esa época cuando se hacían obras en este tipo de edificios siempre había muertos por desprendimientos de bóvedas o por caídas de los andamiajes. Tuvimos suerte.

Yo le cogí el gusto a la restauración trabajando allí, pero los canónigos no querían hacer más arreglos en la Catedral sino poder hacer uso de ella cuanto antes. En ese tiempo estaba abierta sólo para el culto de los canónigos, aunque durante las obras hubo alguna actividad litúrgica. La parte en la que se trabajaba estaba vallada, y a las personas que iban a las ceremonias se les permitía estar en la otra.

Mi opinión era que la Catedral tenía que ser un museo en sí misma, por el edificio, que no hacía falta vestirla tanto.



“... en la Catedral estuvieron con nosotros cuatro hermanos gallegos que acababan de llegar y que labraban la piedra”.



También me interesaba la arqueología, pero no me dejaban investigar. Es lógico que ahora salga todo lo que se está descubriendo, los enterramientos que han aparecido o los restos, porque la colina de Vitoria en la que está la Catedral es una atalaya de asentamiento de pueblos.

En los años sesenta, desde allí se veían las primeras casas de la calle Coronación que se estaban construyendo. Vitoria tendría entonces 50.000 habitantes más o menos, y era la época en la que empezaban a venir emigrantes de Andalucía y Galicia con el fin de trabajar aquí. Recuerdo que en la Catedral estuvieron con nosotros cuatro hermanos gallegos que acababan de llegar y que labraban la piedra. Sin embargo, de aquella época quedaremos ya pocos, porque yo era el más joven.

Mientras se hacían las obras se rodó, incluso, una secuencia para una película, en una parte de la nave central. Me acuerdo de los carriles de las cámaras y poco más. No le dábamos importancia ni le prestamos mucha atención mientras trabajábamos.

Mi relación con la Catedral siguió después, porque yo me casé en ella. Creo que mi boda fue la primera que se ofició después de las obras. En realidad ni siquiera se habían terminado del todo. Fue el 29 de septiembre de 1966. Había una parte del templo en la que se estaban haciendo trabajos, concretamente en el pórtico y en la nave central. El altar estaba en el crucero, y José Marigorta era el canónigo en aquel momento. La ceremonia fue más o menos como las de ahora, aunque un poco más sencilla, con un poco de órgano, sesenta o setenta personas y poco más. Entonces las bodas no tenían tanto montaje.

También estuve en la primera salida de la carroza de la Custodia, en la festividad del Corpus. Las obras estaban casi terminadas, y se estrenó carroza gracias a un armazón con ruedas nuevo. La sacamos desde la Catedral por el cantón que llamábamos de los Vaqueros, por la vaquería que había en aquella calle, y que ahora es conocida por la Bolera.

En 1966, una vez que se terminaron las obras de restauración, la Catedral se inauguró con un acto y una ceremonia muy solemne a la que asistió el entonces Jefe de Estado, Francisco Franco. Hubo un despliegue tremendo. El templo había levantado mucha expectación y acudió también mucha gente de Vitoria. Unos cuantos compañeros, mi padre y yo tuvimos que enseñar el edificio a Franco, explicándole todas las reformas que se habían hecho.

Recuerdo que también estuve durante el entierro del Obispo Ballester, en la parte alta del crucero, y donde ahora también está enterrado el Obispo Mateo Múgica. Fue una ceremonia muy solemne con cantos de los canónigos.

Años después, ya en la década de los noventa, volvimos a la Catedral para trabajar en la instalación de los andamiajes y las pasarelas que sirvieron para colocar los detectores y los sensores que permitieron medir las grietas en la actual restauración. También estuvimos durante esos años en las primeras excavaciones, ayudando a los arqueólogos, y montando las tribunas para los conciertos que dio la Orquesta Sinfónica de Euskadi. Mi vida, casi sin darme cuenta, ha estado marcada por la búsqueda de recuperar definitivamente la Catedral de Santa María.



“Durante cinco años trabajamos allí entre veinticinco y treinta personas, además de los diferentes gremios que fueron pasando”.



“La primera vez que tomé contacto con la Catedral fue a los siete años recién cumplidos, allá por el año 1935”.



FÉLIX GONZÁLEZ

Al menos una vez al mes Félix González se acerca hasta la Catedral de Santa María para comprobar los avances en las obras de rehabilitación. Guarda desde su infancia como tiple en el coro, una afición devota hacia la música. Aún hoy, a sus 75 años, recuerda aquellos cantos gregorianos, toca partituras en órgano o en piano y conserva un grato recuerdo de sus años de aprendizaje de violín. Aunque su vida profesional le alejó de la música, ahora –ya jubilado de la banca– rememora con perfecta nitidez su primera formación musical en la Escuela de la Catedral.



La primera vez que tomé contacto con la Catedral fue a los siete años recién cumplidos, allá por el año 1935. Entré para ser monaguillo, pero permanecí poco en estos menesteres; unos días después me seleccionaron para tiple. En aquella época, los monaguillos ayudaban a misa en el altar y los triples prestábamos nuestras voces para solemnizar la liturgia.

La Catedral era nuestro centro de vida. Vivíamos, además, en las calles adyacentes. Se puede decir que, cuando no estábamos en casa o jugando en la plazoleta de Santa María, se nos podía encontrar dentro del templo. En él recibíamos clases escolares, lecciones de música, entonábamos las antífonas y lecturas en el coro o hacíamos, a veces, pequeñas trastadas.

En invierno, aunque no fuera hora de clase ni de cantos, entrábamos a escondidas en la Catedral para refugiarnos del frío. En nuestras casas no había ningún tipo de calefacción. Esos días irrumpíamos en el templo saltando la verja y nos colocábamos, una vez dentro, encima de las grandes rejillas de aire caliente que estaban ubicadas muy cerca de la Capilla del Cristo.

En ese mismo sitio, encima de los chorros de aire caliente, acostumbraba a pararse don Juan Moga. El aire le hinchaba el manto y parecía, a nuestros ojos infantiles, una gallina clueca. Era entonces cuando nos ayudaba a escondernos del campanero, a quien hacíamos –he de confesar– constantes diabluras. Si don Juan Moga estaba encima de la calefacción y veía correr a alguno de nosotros perseguido por el campanero, decía “chaval, aquí, corre”, y nos escondía

debajo de su manteo. Cuando el pobre campanero le preguntaba si había visto un chiquillo corriendo, solía responder que sí, que en aquella dirección, y señalaba con su índice hacia el fondo de la nave.

Y entre los personajes que marcaron mi infancia guardo, también, grata memoria de don Ambrosio, un canónigo especialmente afable con los niños. Cuando se reía se le movía toda la tripa y nosotros nos mirábamos y nos decíamos: “Ya está don Ambrosio contándose un chiste”. Recuerdo que una vez fuimos con él por la calle del Cubo, dando la comunión a los enfermos. No paraba de llover. Entonces esa calle no estaba asfaltada, era de tierra, y se cubría enseguida de charcos. Ese día le salí yo un poco respondón y le dije: “Don Ambrosio, fíjese, el Cubo está lleno de agua”. Le gustó mucho aquella bromilla.

Las semanas transcurrían iguales para nosotros, tranquilos dentro del templo, en espera de algún hecho singular que despertara nuestra imaginación. Un día especial era, por ejemplo, cuando en la Catedral tenía que oficiarse algún funeral. Entonces se colocaba el catafalco con cuatro velones en el Altar de las Ánimas –hoy Capilla de Santiago– y se acostumbraba a depositar un poco de pan encima del féretro. Recuerdo con nitidez la impresión tan honda que me causó la primera vez que me ofrecieron probar un poquito de ese ‘pan de los muertos’.

Me vienen también a la memoria las obras de reforma de la Catedral, en las que se suprimió el coro bajo y se eliminó la Vía Sacra, un pasillo que unía el coro con el Altar. El canónigo ‘fabriquero’, es decir, el encargado de las reformas, era don Francisco Tabar, y la mano de obra que se empleó fue la de

prisioneros de guerra. Estaban encarcelados en el Seminario viejo, ubicado entonces en la calle Fray Zacarías Martínez, y venían a diario a trabajar en el interior del templo. Nosotros hablábamos con ellos y les hacíamos algún que otro pequeño recado en la ciudad como comprarles tabaco. Nunca he conseguido olvidar a uno de esos presos, un orfebre que nos obsequiaba –si se lo pedíamos– haciéndonos anillos de sello con alguna moneda de níquel que le dábamos.



CALLE
DE
CASTEIZ

“Los niños pasábamos en el templo mucho tiempo, y la Catedral era un lugar estupendo para nuestros juegos”.



JOAQUÍN
JIMÉNEZ

Investigador incansable de la historia y las costumbres ancestrales del territorio alavés, Joaquín Jiménez recuerda, con una sonrisa, su relación con la Catedral de Santa María. De la cabeza del que fuera funcionario de la Diputación Foral de Alava manan, sin titubear, recuerdos, anécdotas, fechas y nombres, como si su paso por el templo vitoriano, siendo niño, hubiera sucedido ayer mismo. Aún hoy, este vitoriano que durante más de treinta años ha recorrido cada rincón de Álava, continúa indagando en la historia.



Vitoria se acababa en la Catedral de Santa María. Esa es una de las cosas que recuerdo de cuando era niño, porque más allá de este edificio no había nada. Mi primer contacto con la Catedral se remonta a 1928 cuando, con siete años, hice allí mi Primera Comunión. Después no volví hasta cuatro o cinco años después, cuando mi padre me llevó a la Catedral y me preguntó si quería ser monaguillo.

La época en la que fui ayudante fue muy divertida porque también íbamos allí a la escuela. Los niños pasábamos en el templo mucho tiempo, y la Catedral era un lugar estupendo para nuestros juegos. Inventábamos muchas historias para jugar, e incluso se decía que en el triforio, al que subíamos mucho también como parte de nuestros juegos, había un agujero con un pasadizo que comunicaba con el río Zadorra. Nunca llegamos a encontrarlo, a pesar de que lo buscamos con ahínco.

Cuando yo empecé a ser monaguillo éstos eran de dos tipos: los ayudantes de los beneficiados, un tipo de dignidad eclesial que cobraban doce pesetas al año y recibían un par de zapatos, y los de los canónigos, a los que pagaban catorce pesetas, además de los zapatos. Yo empecé siendo asistente de los beneficiados. Sin embargo, cuando ascendí a monaguillo de los canónigos no me pagaron esas dos pesetas de más porque el Gobierno de la República había quitado la asignación del culto al clero.

En esa época, a los tiples, los niños que formaban parte del coro, les daban también una pequeña cantidad de dinero, dos pares de zapatos y un traje negro. Yo intenté ser tiple, a pesar de que cantaba muy mal. Cuando fui a hacer la prueba para entrar me mandaron entonar algo pero, como no se me

ocurría nada mejor, canté la canción de ‘Celedón’. Lo debí de hacer muy mal y al acabar me dijeron: “Cuando se muera el bajo de San Miguel, vete a sustituirlo”. Así que me quedé sin entrar en el coro, sin zapatos y sin traje.

En la Catedral todos los días de la semana había Misa Mayor a las diez de la mañana, aunque la primera celebración del día era a las seis y media. Sólo tres o cuatro personas se animaban a asistir a esa hora. En cada sacristía había cuatro monaguillos, así que el que llegaba el último ayudaba en la primera misa, la de las seis y media, el que llegaba el tercero en la segunda, y así en orden inverso. Todos tratábamos de llegar en primer lugar para poder ayudar en la última, que era en la que más gente había. Solíamos ir a las seis de la mañana y tocábamos la puerta de la Sacristía. Era como una señal que indicaba quién había llegado el primero. Después, nos poníamos a jugar al fútbol en el pórtico hasta que abrían las puertas. Llegábamos a la Catedral en el cambio de turno entre los serenos y los alguaciles, que nos reñían por jugar al fútbol en el pórtico. Sin embargo, algún día ya jugamos algún partidillo entre monaguillos y alguaciles.

Reparar mi época de niño en la Catedral hace que vengan a mi memoria un montón de anécdotas. Recuerdo que un día, mientras jugábamos en la parte de la torre donde están las campanas, oímos pasos. Nos escondimos y vimos que había subido don Daniel, el cura que cuidaba la Sacristía. Justo nos dio tiempo a salir corriendo para que no nos viera y nos riñera por estar allí, y le cerramos la puerta. Lo peor es que después bajamos a la calle a jugar y se nos olvidó que le habíamos dejado en



“...cuando mi padre me llevó a la Catedral, me preguntó si quería ser monaguillo”.



“Una festividad especialmente bonita era la del Domingo de Ramos...”

la torre. El pobre se pasó encerrado toda la noche muerto de frío. Nunca supo que habíamos sido nosotros. Otra de las trastadas que hacíamos era coger vino del que tenían los curas guardado en unas cubas pequeñas para las eucaristías. Después, íbamos a las Reparadoras a comprar recortes y, con el vino, merendábamos en la torre.

A veces también nos gastábamos bromas entre nosotros. Un día que yo estaba ayudando en una misa encendí las velas como siempre y las coloqué en el altar. De repente, me di cuenta de que chisporroteaban un poco, pero no sabía qué les pasaba hasta que en la mitad de la celebración explotaron, y toda la gente que estaba en la Catedral se escapó muerta de la risa. Incluso a don Perico, el cura, le hizo tanta gracia que se le reventaron los pantalones. Después de eso me quisieron echar para que no continuara como monaguillo, a pesar de que aquella vez yo no fui, yo no tuve la culpa.

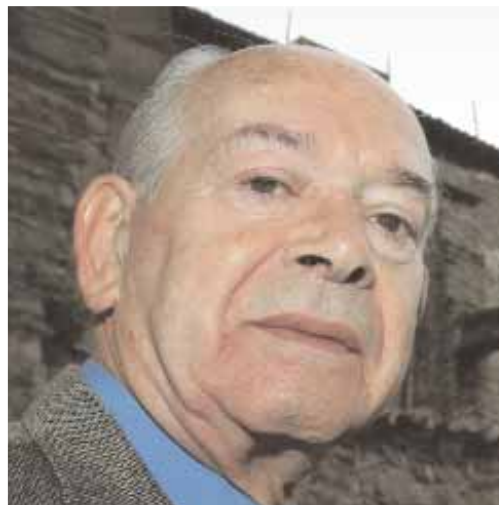
Al acabar las misas íbamos a la escuela allí mismo, en la Catedral. Recuerdo que en mi época fui el único de la clase que aprendió álgebra. Pero no siempre éramos muy aplicados. Una tarde de invierno que hacía sol no nos apetecía quedarnos en el aula para dar clase, así que le pedimos al maestro que nos dejara salir a la calle a jugar. Él no nos dio permiso, obviamente, por lo que aprovechamos un despiste suyo para echar en la estufa un montón de velas. De repente empezó a salir muchísimo humo y a hacer mucho calor, así que no tuvo más remedio que sacarnos a la calle sin poder continuar la clase, que era lo que nosotros queríamos desde el principio.

Había otras cosas curiosas como los detalles que tenía el Obispo Mateo Múgica. El día de su santo nos invitaba a merendar en el Obispado y nos daba nueve reales a cada uno. Por su parte, don Cristóbal daba un real al que cada año le llevara la primera pluma de cigüeña. El nido estaba en el torreón, así que teníamos que subir por el triforio para poder cogerla. Nos gustaba y nos parecía muy divertido.



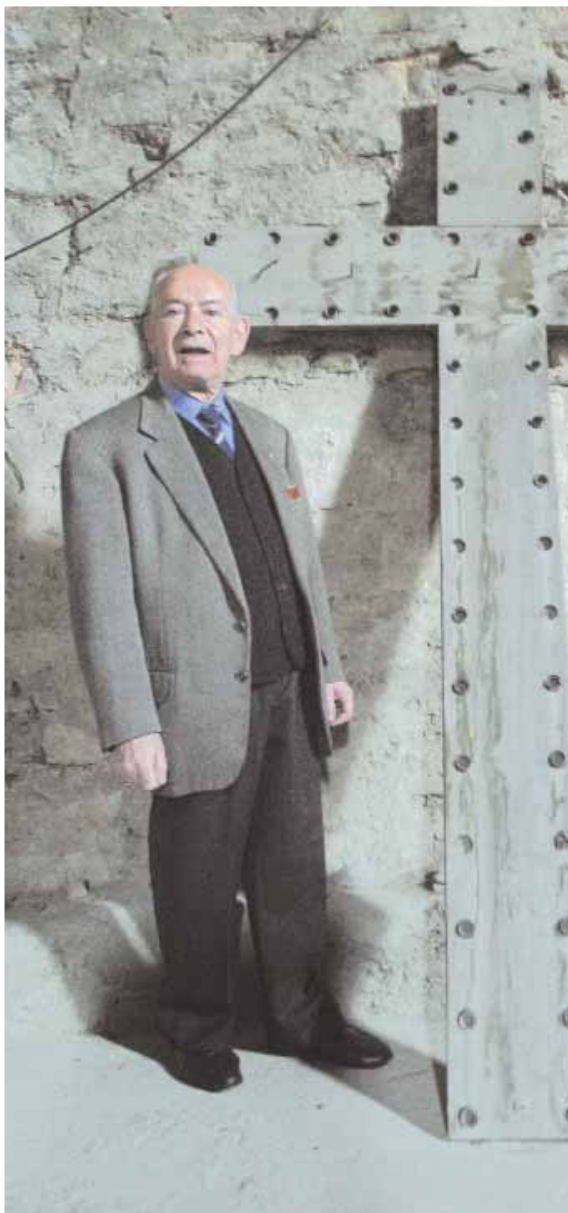


“...todos teníamos mucha curiosidad por mirar hacia el campanario para ver la campana más grande, La Garbancera”.



JUAN JOSÉ ORTIZ DE MENDIVIL

Profesor de Lengua y Literatura ya jubilado, Ortiz de Mendivil no ha abandonado, sin embargo, el amor por la letra impresa. Durante años, ha dedicado parte de su tiempo a recopilar información sobre la prensa alavesa del siglo XIX. Ese interés suyo por la historia se refleja también cuando habla de la Catedral, templo que ha sido una referencia constante a lo largo de su vida y con el que ha tenido una estrecha relación: además de vivir en las cercanías del viejo edificio gótico, su tío Félix Ortiz de Mendivil fue, entre aquellas paredes, sacerdote y maestro de ceremonias.



Mis padres vivían en la calle Arriaga con San Ignacio, lo que significa que mi familia pertenecía a la Parroquia de la Catedral de Santa María. Mis recuerdos sobre ella empiezan el año 30, más o menos, cuando apenas tenía cinco años, y se prolongan hasta 1937, momento en el que salí de Vitoria con motivo de la Guerra Civil, que había empezado un año antes.

Antes de irme, hice la Primera Comunión en Santa María, y recuerdo mi asistencia previa a la catequesis que impartía un párroco llamado don Félix. Sin embargo, uno de los pocos momentos que todavía permanecen en mi mente corresponde al día de la ceremonia, celebrada un 23 de marzo, y en la que mi hermana y yo compartimos protagonismo. Cuando estábamos entrando en el templo y todos los niños íbamos en fila, una de las chicas se quemó el velo que le cubría la cara con una vela que llevaba en la mano. Afortunadamente el accidente no tuvo consecuencias mayores.

Después de aquel día, todos los sábados teníamos que ir desde mi colegio –estudié en San Viator– a la Catedral para confesarnos. Hacíamos el camino todos los niños juntos, y cuando llegábamos allí entrábamos a los confesionarios que estaban en la capilla. A algunos, sin embargo, les tocaba ir a confesarse a los situados en el pasillo de la nave central, así que, como solía estar muy oscuro, se dedicaban a hacer trastadas por el camino.

En aquella época, de críos, nos llamaban mucho la atención las filas de seiscientos o setecientos seminaristas que había entonces en Vitoria y que los domingos por la mañana asistían a la Misa Mayor de la Catedral. El motivo por el que había

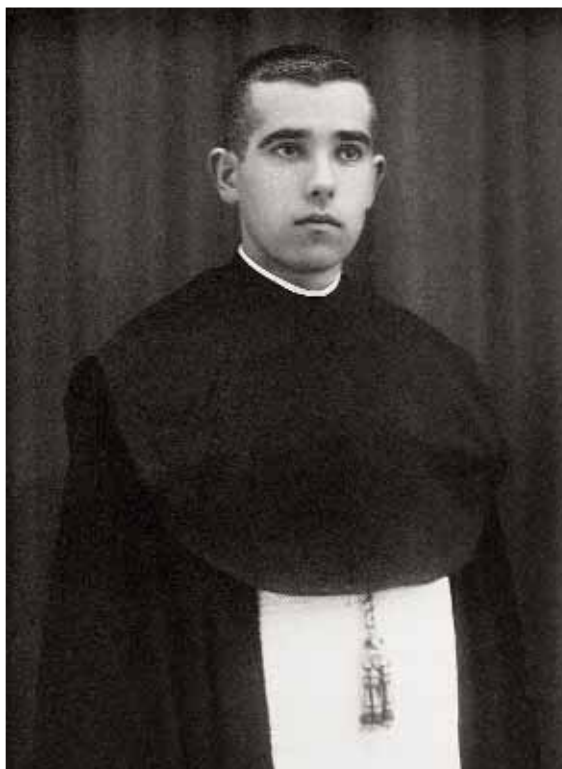
tantos jóvenes en el Seminario no era otro que Vitoria era sede de la única Diócesis del País Vasco y todos aquellos que decidían entregar su vida al sacerdocio debían trasladarse a nuestra ciudad. Recuerdo que se podía encontrar desde chavales de once o doce años hasta algunos mayores que habían cumplido ya los veinte y estaban acabando de estudiar. Era curioso verles en fila hacia la Catedral, vestidos con la sotana y el bonete, o la beca roja de los estudiantes de los últimos cursos.

También recuerdo las procesiones tan solemnes que se solían hacer por la festividad del Corpus, y cómo los niños de varios colegios nos juntábamos en la plaza de la Catedral para asistir. Allí, en aquel lugar, todos teníamos mucha curiosidad por mirar hacia el campanario para ver la campana más grande, 'La Garbancera'. Así la llamábamos. En nuestra inocencia, o desconocimiento, nosotros creíamos que sólo se tocaba ese día, el del Hábeas. Cuando el campanero la hacía sonar, a veces había varios hombres volteándola, todos mirábamos hacia arriba deslumbrados por un sonido tan potente que resonaba en toda la llanura alavesa.

De aquellos años me acuerdo del Obispo Mateo Múgica, y de cómo nos acercábamos a él cuando terminaban las misas para besarle el anillo, la mano o simplemente tocarle los hábitos. O de cómo jugábamos al fútbol en la plazuela del pórtico, o en el propio pórtico cuando llovía, con los hijos del campanero. Éste era un hombre alto, que solía vestir una blusa gris y una boina, y que tenía muy mal genio, o eso nos parecía siendo críos.

La relación de mi familia con la Catedral de Santa María se hizo todavía más estrecha cuando mi tío

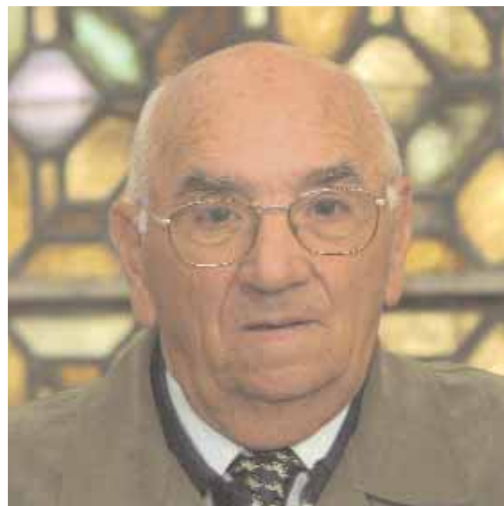
Félix Ortiz de Mendivil, ya fallecido y que era sacerdote, sacó un puesto en la Catedral y fue beneficiado y maestro de ceremonias. Su misión era dirigir todas las ceremonias que se celebraban, además de prepararlas. Y en aquella época el Obispo tenía muchas. Las ordenaciones de sacerdotes eran numerosas, así como las procesiones, y la solemnidad de todas ellas, con conciertos corales incluidos, requerían de una estricta y rigurosa preparación previa.



"...mi tío Félix Ortiz de Mendivil, ya fallecido, fue beneficiado y maestro de ceremonias."



“Además de los sonidos, recuerdo las luces, los colores de los trajes de los canónigos y las largas procesiones”.



PABLO ALEJO RUBIO

De su infancia en una casa cercana a la Catedral, Pablo Alejo Rubio conserva un gusto por los paisajes que le ha llevado a recorrer la práctica totalidad de los montes de las tres provincias vascas. Maestro de taller jubilado, dedica buena parte de sus tardes a sus dos aficiones favoritas: el ping-pong y la lectura de “viejas historias, como las de Javier Marías o José Saramago”.



Hasta que estalló la Guerra Civil mi familia vivió en una casa situada a escasos metros de la Catedral de Santa María, en el cantón de Santa Ana. Eran, sobre todo, los diferentes sonidos procedentes del templo lo que más me inquietaba de chiquillo: el ulular de una lechuza que anidaba en una de las torres, el sonido del reloj de la fachada y el tañido de las campanas. Era también un verdadero espectáculo observar cómo el campanero se colgaba de una pesada cuerda para hacer sonar los gigantescos badajos. Las vísperas solemnes hacía repiquetear con fuerza la campana mayor, llamada popularmente 'La Garbancera', debido a que esos días en las casas se comían garbanzos.

Los murmullos de los sacerdotes en sus rezos y la monotonía inconfundible de las campanas de mi niñez son los únicos sonidos que me imagino no han cambiado desde la Edad Media, cuando se construyó con bóvedas de madera la colegiata que siglos más tarde daría paso a nuestra Catedral de Santa María.

Además de los sonidos, recuerdo las luces, los colores de los trajes de los canónigos y las largas Procesiones. Creo que es precisamente la procesión del Corpus el acto religioso que mejor conservo en mi memoria. Partía de la Catedral en dirección a la Cuesta de San Vicente, daba la vuelta por la calle Cuchillería y regresaba nuevamente al templo. Todo el paseo, en el Día del Corpus, estaba lleno de espagaria, una hierba que crece en los ríos. Los soldados se colocaban en fila, a cada lado del recorrido, y nosotros, los chiquillos, detrás de ellos. Vitoria en aquella época era una ciudad de

soldados y curas, de hecho, llegó a haber hasta cuatro regimientos. Y, además, no había más Obispado que el de aquí.

También contaba la ciudad con un buen número de seminaristas. Al lado de la Catedral estaba el seminario que, si no recuerdo mal, albergaba a 350 jóvenes de todo el País Vasco. Acostumbraban a pasar cada día por lo que nosotros llamábamos el 'Cantón de las Pulmonías', que va de la fachada oeste de la Catedral al Seminario viejo. Lo denominábamos así porque está situado enfrente mismo del Gorbea y el viento que sopla allí en invierno es terrible. A veces caminaban despacio por otro cantón, el que baja a la calle Chica, al que conocíamos como el 'Cantón de las Lechuzas' –el tramo que une la calle Chica a la cuesta de Brullería–. El ruido de estos animales aún perdura enraizado en mi memoria. Recuerdo que solíamos tirar piedras a los búhos para espantarlos.

Recuerdo también los paseos de los canónigos, a las tres de la tarde, desde el Obispado a la Catedral. Al atardecer los sacerdotes daban, además, una vuelta por lo que hoy en día se llama la Senda de los Canónigos. Pasaban por debajo del puente del ferrocarril, el anglo-vasco, y enseguida volvían a subir a Santa María.

Nosotros solíamos estar jugando al fútbol en la plazuela. Había un banco que estaba apoyado de cara a la pared y que ahora ha aparecido con las excavaciones. A su alrededor pasábamos las tardes de nuestra infancia.

Por aquella época –yo tendría unos seis años– nuestros juegos se animaban con las celebraciones,

en especial, con los bautizos. Esos días en vez de al balón jugábamos a las chapas. Recogíamos las monedas, que eran de cobre, y tirábamos hacia un punto concreto. Quien más se acercaba al objetivo señalado recogía las demás monedas y las tiraba al aire. Luego había que contar cuántas veces había salido 'cara'. Podías seguir lanzando la moneda tantas veces como 'caras' tuvieras.

Algunas tardes nos escondíamos en la parte de atrás de la Catedral. Había un pequeño hueco y los chiquillos más audaces se metían en él para extraer huesos de muertos. Me imagino que procedían de enterramientos que se hacían dentro de la Catedral. Asustados, los tirábamos enseguida, asustados, y salíamos corriendo.

Un día muy especial era el de Sábado Santo. Todos los vecinos de Santa María nos acercábamos a coger agua bendita. Llevábamos un recipiente, normalmente una jarra, y en la misma puerta de la Catedral los sacerdotes nos vertían agua bendita que nuestras madres almacenaban en algún rincón de la casa.



“De mi entrada en la Catedral recuerdo el orden absoluto y la responsabilidad que había desde arriba hasta el último monaguillo”.



JULIO MARTÍN ZUBILLAGA

Julio Martín Zubillaga recuerda su paso por la Catedral de Santa María ayudado por el sacerdote José Luis Pérez Unzueta. Además de una memoria prodigiosa, a sus cien años es capaz de situar a cada persona o situación vivida en el templo vitoriano en su momento político o social. Es inusualmente teatrero, en el buen sentido de la palabra, para recordar cómo predicaba o hablaba alguien, y gesticula mucho. Se atreve incluso a cantar gregoriano.



Nací hace cien años, el 20 de diciembre de 1902, en Betoño, y me ordené sacerdote el 6 de junio de 1925. Entré en la Catedral de Santa María dos días después de la festividad de Reyes del año 30. Hasta entonces había sido sacerdote en Leza. Estuve trabajando en el templo catedralicio hasta el año 85 más o menos, y ahora soy canónigo emérito.

De mi entrada en la Catedral recuerdo el orden absoluto y la responsabilidad que había desde arriba hasta el último monaguillo. En aquel momento, era Obispo de la Diócesis Mateo Múgica y Urrestarazu, que después fue desterrado en Francia durante la Guerra Civil española.

Yo era el sacristán mayor, así que hacía todo el ministerio, guardar y preparar los ornamentos para la celebración de misas y para el culto. Recuerdo que la primera misa de la mañana, que era a las seis y cuarto, la daba Antonio Pérez de Ormazabal. Después, de la Catedral se iba a San Vicente a confesar. A esa hora iban a misa los ‘de puertas’, que eran los que cobraban los impuestos en la entrada de la ciudad, los carpinteros y uno muy conocido en Vitoria que era especialista en montar cocinas a la francesa, las llamadas económicas. También iba a esa hora un señor que tenía un establecimiento según se bajaba hacia el cementerio, una taberna en la que vendía jamón con pan y vino. Él era el primero que subía a oír la misa por el callejón de las Pulmonías. Después, había otra celebración a las siete con don Melchor Beltrán de Heredia y don Fernando, que se alternaban.

También se celebraban misas en las capillas laterales. Las daban don Antonio Ormazabal; don

Pablo Balerdi, que había sido coadjutor de San Miguel y era canónigo; don Jesús Alfaro, beneficiado; don Dimas Sotés, maestro de Capilla; Francisco Martínez del Campo; y yo mismo.

Asimismo, a diario tenía lugar la Misa del Coro, que se hacía con canto gregoriano. Entonces había diez tiples, que tenían su sueldo, y diez monaguillos. Cuando llegaba la fiesta de todos los Santos, a los tiples se les daba un sueldo extraordinario y se les vestía de calzado fuerte, de zapatos o botas, porque entonces en el invierno de Vitoria eran frecuentes las fuertes nevadas.

En aquella época los canónigos procedían de diferentes sitios. Eran alaveses, guipuzcoanos y vizcaínos, porque había una única Diócesis. Los canónigos predicaban también por la ciudad. Recuerdo a don Carlos Lorea, que era dignidad de chantre, y que tenía un vozarrón impropio. Temblaban las columnas cuando predicaba.

Sin embargo, por esa época había muy pocas bodas en la Catedral, sólo se oficiaban misas, gregoriano y los actos litúrgicos propios del Cabildo Catedralicio. Durante la Cuaresma, don Dimas Sotés, el maestro de Capilla, preparaba a los tiples. Además, el Obispo iba a la Catedral a presidir los actos religiosos y, a veces, daba sermones y predicaba en la misa coral. No era como ahora, que están diez minutos y ya está. Era una hora de sermón, con don Mateo una hora y pico hablando, y sin calefacción. Y había que aguantarlo. Era todo cantado en gregoriano, muy bonito. Entonaban los de voz grave e iban cantando en procesión dentro de la Catedral.

Venía gente de todo Vitoria, como Casilda Las-caray, Rosario Suso o 'los Herrero'. Mucha gente.



“Temblaban las columnas cuando predicaba”.



Me acuerdo que en una ocasión, por la Ascensión, tenía que predicar don Lucio Asensio, que era de Palencia. Era un hombre especial y la Catedral se llenó con muchos intelectuales.

En Semana Santa iba el Seminario en pleno a la Catedral, unos quinientos seminaristas. Pero también asistía el pueblo. El templo estaba lleno desde los maitines, y todos los días de la Semana Santa. Había salmos cantados, y durante esos actos no cabía un alma.

En la Catedral se han hecho cosas fenomenales. Por ejemplo cuando se restauró en la década de los sesenta y vino Franco. Le estuvieron esperando todos los ministros en el pórtico y se hizo una fiesta fenomenal. O mucho antes, en 1918 siendo yo seminarista, cuando el segundo día de Pascua de Pentecostés se celebró la consagración de Mateo Múgica y Urrestarazu como Obispo de Osma, siendo canónigo. Los obispos tomaban posesión en la Catedral y eran ceremonias formidables.

También se celebró por Santa Cecilia la Semana de la Música. Sería en el año 28, porque yo era todavía cura en Leza. El Cardenal Segura, Pedro Segura y Sáenz, que era el primero de España, mandó una carta al Obispo Mateo Múgica diciendo que tenía que preparar un congreso de música.

La contestación del Obispo fue: "Me consta". Para que se diese cuenta el señor Cardenal de que Vitoria tenía un clima muy difícil, y que aquí por Santa Cecilia (22 de noviembre) estamos expuestos a nevadas o heladas.

Contestación del Cardenal: "Monseñor don Mateo, le he indicado esto. Cargue con todo".

Entonces empezó a llamar a músicos, y se celebró esta Semana de la Música. Vinieron cuatro orfeones de todo el País Vasco y hubo conferencias sobre música, mesas redondas con ponentes, actos de estudio,... Además, se celebraron actos populares en la Escuela de Artes y Oficios, y otros muchos en la Catedral, como una recepción en el pórtico la víspera de Santa Cecilia con obispos y arzobispos. El Cardenal Segura vino más tarde, pero mandó un telegrama para avisar.

Trabajando en la Catedral asistí al entierro de dos obispos, de Mateo Múgica y de Ballester. Este último murió en Madrid, pero figuró que lo había hecho en Vitoria. El médico firmó que murió aquí. Era un día del año 49, con 8 grados bajo cero Vitoria y un sol espléndido. Se trajo el cadáver en procesión por las calles del Casco Viejo, y el presidente de la Diputación designó a varios miñones para que sacaran el cuerpo. Se fue por la calle Fray Zacarías hasta Santa María. Se celebró por el rito antiguo, con cuatro responsos cantados por otros tantos obispos, música y la asistencia de representación de las Diputaciones de Álava, Vizcaya, Guipúzcoa y Navarra. Estando vacante la Diócesis, sin obispo, vino de Roma la división de la Diócesis.

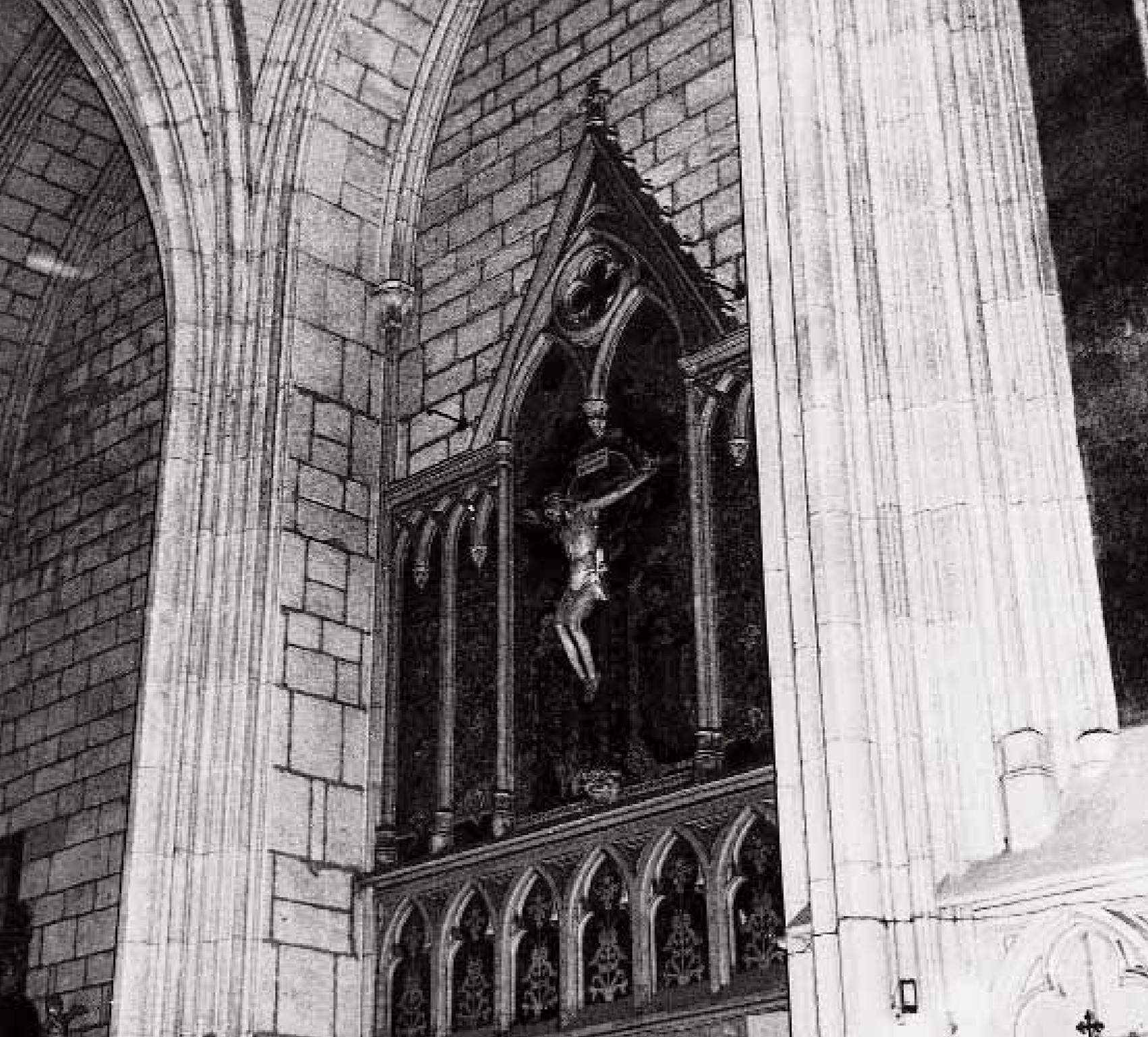
Mateo Múgica murió en Zarauz y de allí trajeron el cadáver. Él había aceptado ser enterrado en Vitoria antes de morir. En su funeral predicó el Obispo Francisco, que le visitaba con mucha frecuencia porque Múgica estaba ciego en sus últimos años. Se habló con mucho entusiasmo de él. ¡Qué bien habló y qué homilía tan buena! Y es que se quiso hacer de la muerte de este obispo, que estuvo en el exilio varios años, un acto político.

Durante la Guerra Civil española, entre 1936 y 1939, en la Catedral se mantuvo la actividad de siempre, fue todo normal, con los oficios tradicionales. Además, la República había quitado el Concordato, por lo que la Iglesia no estaba obligada a acatar lo que mandaba el Estado. El obispo tenía más facultades y nombraba a la persona que quería para canónigo.

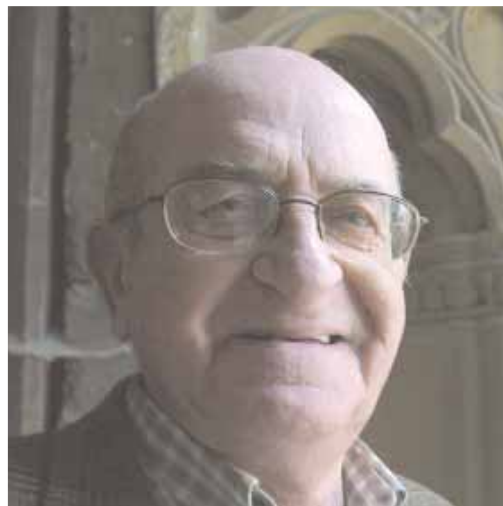
Recuerdo también que durante mi paso por la Catedral hubo dos incendios. El primero en el año 21, cuando fui al Seminario a estudiar Teología, el segundo día de Carnaval. Se incendió toda la parte norte del edificio, en la que se guardaban utensilios. El segundo fuego estuvo ocasionado por la calefacción. Se quemó la Sala Capitular y se perdió una multitud de casullas estupendas que se guardaban en ella. Rondaba 1941 y Antonio Pérez de Ormazábal ocupaba el puesto de Vicario General.



“Los obispos tomaban posesión en la Catedral y eran ceremonias formidables”.



“Pero no todos los canónigos eran tan estrictos. Me acuerdo con mucho cariño de don Julián Cantera. Si existe un Cielo, él sin duda está allí, en un lugar privilegiado”.



JOSÉ IGNACIO LAFUENTE ISASI

La Catedral de Santa María supuso para este administrativo vitoriano, ya retirado, el descubrimiento de la música. De la Escolanía de Tiples pasó a estudiar violín en el Conservatorio viejo, que entonces estaba situado en la calle de las Escuelas, muy cerquita del templo. “Conservo este instrumento como oro en paño. Todos los días durante más de veinte años de mi vida me ha acompañado, primero al colegio y luego al trabajo”, explica José Ignacio Lafuente Isasi, a quien el gusto por la música inculcado en las paredes de la Catedral le ha llevado también a formar parte de media docena de coros y orfeones.



En 1939 don Dimas Sotés, maestro de Capilla de la Catedral de Santa María, tuvo la idea de crear la Escolanía de Tiples de Vitoria. Para seleccionar a los alumnos eligió a cuatro tiples de la Catedral y, durante un tiempo, recorrió con ellos las escuelas en busca de posibles candidatos. Por entonces, yo estudiaba en la Florida, que era una escuela gratuita. Cuando llegaron a mi aula, don Dimas se sentó en una silla. Los tiples cantaban la escala y nosotros teníamos que repetirla lo mejor que pudiéramos. Él escuchaba atentamente y decía “este niño tiene oreja” o “éste tiene oído, puede valer”. Así, iba seleccionando a los futuros cantores. A los que habíamos despuntado un poquito nos mandó a la Escolanía. Años más tarde, yo compaginaba mis horas allí como tiple con los estudios de violín que comencé en el Conservatorio. La música se hizo el centro de mi vida.

De aquellos primeros días recuerdo especialmente la primera vez que subí a las bóvedas. Mi familia vivía en la calle Rioja y no solíamos ir a la Catedral más que en los días señalados. ¡Qué magníficas vistas! Al recordar todo esto siento como si tuviera de nuevo ante mí aquella portentosa escalera de caracol, custodiada permanentemente por el campanero, y a través de la cual se accedía a la parte más alta del templo. Confieso que siempre he tenido vértigo, pero la posibilidad de llegar hasta la campana mayor, conocida como ‘La Garbancera’, era al parecer más fuerte que mi miedo a las alturas.

Me viene a la memoria el asombro que se apoderó de mí la primera vez que vi el órgano. Se trataba de un instrumento espectacular, diría que



“Me viene a la memoria el asombro que se apoderó de mí la primera vez que vi el órgano. Se trataba de un instrumento espectacular...”



esplendoroso. Hasta recuerdo que vinieron de Alemania para instalarlo y afinarlo.

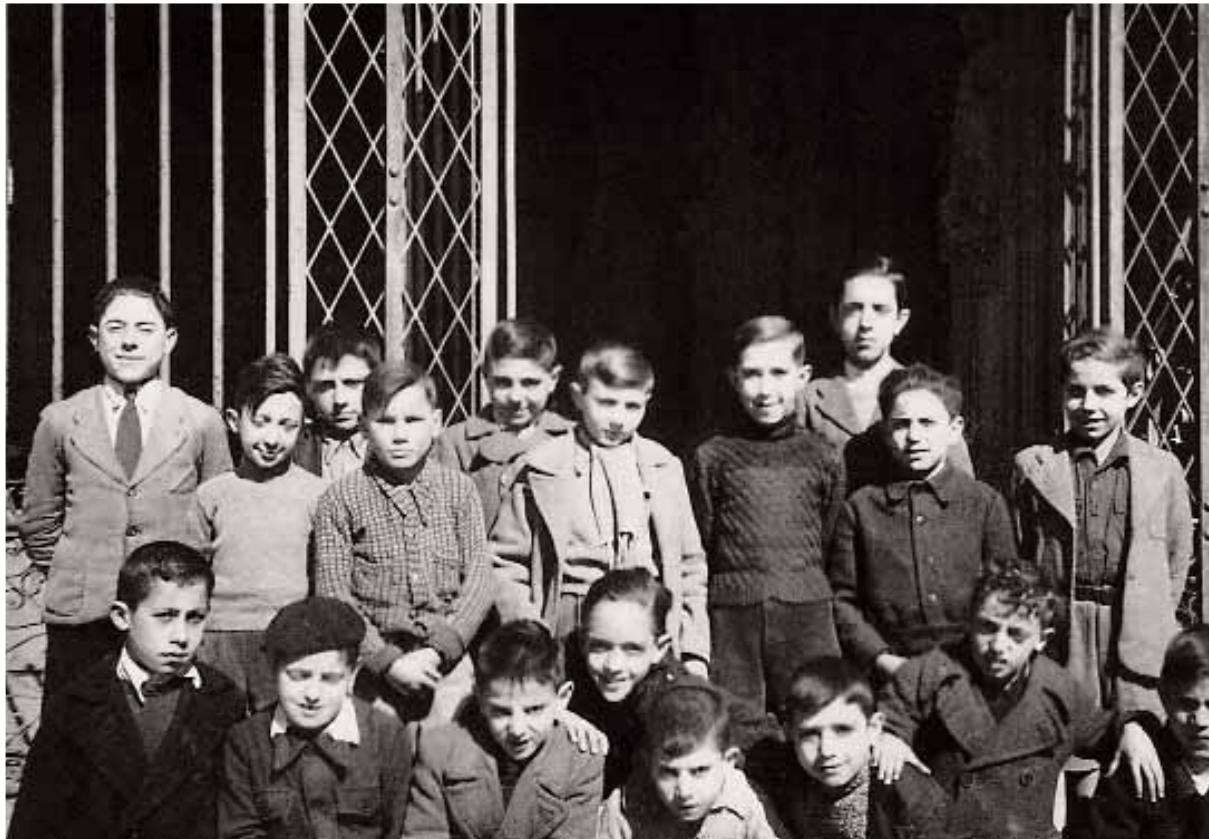
Mientras yo iba descubriendo cada recoveco de la Catedral, mi familia, que era muy modesta, esperaba como agua de mayo que me dieran la ropa y el calzado que me correspondían por ser tiple. Cada año nos entregaban un traje y dos pares de zapatos. El traje nos lo hacía una modista. El pantalón era corto y luego, a medida que íbamos creciendo, de la largura de unos bombachos. Los zapatos tenían que ser comprados en Maximino Pérez, que tenía su comercio en la Plaza de España.

Por imposición de don Francisco Tabar, el canónigo, los zapatos debían tener hebillas grandes de plata. A él le gustaban así. Lo malo es que con ese mismo calzado jugábamos luego al fútbol. Mi madre compró por su cuenta unos zapatos para mí –los más baratos que encontró en el mercado– y les cosió las hebillas de plata del par que me habían dado. De esta manera, los nuevos los utilizaba sólo en los días de fiesta. Por suerte, los sacerdotes nunca se dieron cuenta.

La severidad de algunos canónigos fue una de las cosas que más me impresionó de mis días en la Catedral de Santa María. En este sentido, destaca sin duda la figura del mencionado don Francisco Tabar. Su hermano era párroco de San Pedro. Ambos eran muy ricos. Vivían en una casa en la calle San Prudencio, en el tercer piso y en el edificio había una pasarela desde la cual podía observarse el interior del Teatro Príncipe, en la actualidad los cines Guridi. Gracias a ese puente, decían las malas lenguas, los dos sacerdotes contemplaban a las actrices en las funciones de revista.

Don Francisco era, por lo demás, de los pocos canónigos que en aquella época tenía coche propio. Un Fiat modelo 'Balilla' de color rojo cereza. Un automóvil bonito que aparcaba en el pórtico de la Catedral. Siempre mandaba a uno de nosotros, o a un monaguillo, para cuidar que nada le sucediera.

Pero no todos los canónigos eran tan estrictos. Me acuerdo con mucho cariño de don Julián Cantera. Era un verdadero enamorado de los niños. Siempre estaba pendiente de que no nos pasara nada y, además, si tenía cinco pesetas las repartía entre nosotros. Si existe un Cielo, él sin duda está allí, en un lugar privilegiado.



“En 1939 don Dimas Sotés, maestro de Capilla de la Catedral de Santa María, tuvo la idea de crear la Escolanía de Tiples de Vitoria”.



“... la figura de don Serapio, oficiaba en la Parroquia de Santiago y enlazaba bien con el Cabildo, ardua tarea posiblemente...”



JESÚS FERNÁNDEZ DE JÁUREGUI

Desde la presidencia de la Fundación Araba en Bilbao, Jesús Fernández de Jáuregui ejerce de alavés y trata de llevar las bondades de este territorio más allá de sus fronteras. Como vecino que fue de la calle Correría su infancia no tendría razón de ser si no fuera por todos los recuerdos asociados al viejo edificio que contemplaba cada día, y que narra con cariño y nostalgia



A l evocar tiempos pasados, aquellos que nunca nos ha importado considerar como de mayor importancia aunque sólo sea como consecuencia de la nostalgia de la sangre joven y por eso caliente, uno de los recuerdos sonoros que conservo de mi infancia está asociado a las amanecidas a cargo de mi madre: '¡Hala, venga arriba!', ¡Que ya están tocando los canónigos!

A diario, a las nueve y cuarto de la mañana, insensible a la pereza matinal de aquellos chiquitines en las vacaciones navideñas de una Vitoria friolera donde las hubiere, el toque fijo y acompasado de las campanas ponía en marcha cada nuevo acontecer de la colina del viejo Gasteiz cual testimonio de inteligencia y comunicación oral del Cabildo Catedralicio para con su Creador.

Así, nacido en la tercera vecindad de la 'Corre', protegida por el patronazgo de Santa Ana, en la ya tan lejana primavera de 1948 junto a toda una tanda de vitorianos en aterrizaje de cigüeñas con destino Catedralicio, participé desde mis primeros días de vida del esencial, del significado de la estancia y del campus de aquella Cátedra que lo era por excelencia, en herencia tardomedieval, a pesar de los años de desautorización episcopal sufridos tiempos atrás.

En esa proximidad y cercanía, cuando no inmediatez, de la Catedral de Santa María, estábamos destinados a ser, al tiempo, fieles parroquianos e iniciarnos en la fe. Y aun sin recordar bien las causas, lo que nos contaron una vez adquirido cierto sentido de razón, fue que todos aquellos mocosillos fuimos bautizados no en el espacio parroquial al uso y culto habituales –en el baptisterio– sino en el propio edificio

Catedral. Se nos explicó que había sido como consecuencia de unas obras que se llevaban a cabo en aquel entonces.

Al aprender a caminar, en nuestro discurrir diario, se ascendía el último tramo del Cantón de las Carnicerías, ya que no estaba aún el actual entramado de cierre defensivo en la mitad de ese tramo del Cantón, justo donde vivían los Corujo así como otros bomberos del Parque. Y al pasar por delante de la Catedral, siempre, cada día y más de una vez al día, hacíamos la señal de la Cruz. Era norma.

Recuerdos éstos que se enlazan con la figura de don Serapio, de su inteligencia con la gente menuda, de su paciencia para con el anciano, de su cintura con el maduro. Oficiaba en la Parroquia de Santiago y enlazaba bien con el Cabildo, ardua tarea posiblemente, y más en tiempos de ‘amatista’ y ‘mercedes’ cuando aquel casco tenía a don Luis Madrid como jefe de máquinas. Además, el puente era gobernado por Monseñor Peralta, confiado en sus correspondientes primero, segundo y tercer vicarios de a bordo, todos ellos atentos y activos herederos de didáctica religadota y de resultas –hoy– con magro alumnado.

En esta rutina, la hora de nuestros usos y costumbres venía también marcada por el reloj de la Catedral, alternando planos y desplazándonos entre cantones y calles para su verificación. El mocito vitoriano de a pie –lo éramos la mayoría– no tenía reloj de pulsera. Yo, personalmente, tampoco recuerdo que me hiciera mucha falta. Se oían y se cantaban los cuartos, y me da la impresión de que nuestro tiempo, aquellos tiempos, disponían de escalares que estaban muy bien asumidos. Así que

los transcurros y su inevitable transcurrir nos parecían naturales: ¡Vamos, que eran nuestros!

Bajábamos y rozábamos el murallón de la Catedral, enfriado por las corrientes gélidas que, una vez lamidas las cumbres del macizo del Gorbea y con ganas de desparramarse por la Llanada, penetraban entre El Portalón y la Torre de los Anda, helaban el lateral del Vaquero, de Achaerandio, y obligaban a un descenso rápido hacia Chiquita y la ‘Cuchi’. Esta era una bajada que, con frecuencia y según el momento del día, había que hacer sorteando bueyes y vacas que venían de abreviar o salían a la esparceta a espigar o al aprovechamiento de los restos verdes. Y todo ello en una Vitoria cuyos campos, huertas y fincas agrícolas, hermosamente cantadas por Alfredo Donnay, eran perfectamente visibles desde algunas de las posiciones catedralicias.

En las tardes soleadas, la Catedral de Santa María proyectaba su sombra sobre el patio de recreo de Jesús Obrero, en concreto de Samaniego, destino de muchos de nosotros, y nos volvía de nuevo a convocar para regresar, rozándola una vez más, a casa. Algunos compañeros iban quedándose por el Barrancal, la Pintorería, el propio Cantón de Santa María... Hasta ahí llegaban los hermanos Navarro, Ángel Marino Ruiz, o Pedro Sanz, amigo del alma, hijo de Don Diego, maestro de maestros, incluso de su propio hijo, y al que, con sus nueve añitos de entonces, nunca colocó en el puesto primero de la clase, aun mereciéndolo.

Los demás, Félix Galdos, Pedro Pascual, Jesús González de Heredia, Mejino..., continuábamos cantón arriba y descendíamos a la cara oeste. Allí nos esperaban Rafa, el andaluz, Alberto, Miguel

Ángel, Argote, Guillermo y otros tantos chavales, pantalón corto, medias sujetadas con gomas por debajo de las rodillas y enrojecido, siempre enrojecido, muslo adolescente. Y nuestras novias, todas ellas de todos nosotros, Angelines, Rosa Mari, Ana Rosa, Marilén..., algunas mayores, otras menores, éstas y otras, las hermanas de los amigos, sus primas cuando venían; los oficios mudos y el chorrobórropicotayoque; y los guardias y los ladrones, el balón quemado, el hínque, chapas, tabas y cromos, los trompos, güitos, cuerda y alguna que otra pelea con vecindades adversarias, prisioneros incluidos... Ese era nuestro buen vivir. El ajetreo, el subir y bajar de cantones y vecindades tenía, en muchas de las tardes jubilosas de aquella alegre adolescencia bajo el reloj de la cara sur o al toque de oración según temporada, consenso de despedida y su cita correspondiente. De la plaza de la Catedral... a cenar y a la cama.

Frente a nuestro apego por aquella plaza contrastaba el paso decidido y rápido del parroquiano adulto camino a misa, sin dar tiempo ni ocasión a subir en demasía la mirada. Nada de extrañar una vez que fuimos capaces de leer, a la derecha del portón, la sentencia de Espíritu Santo que ponía firmes a nuestros mayores: "QVAL FUERE EL PADRE Y LA MADRE HIJOS E HIJAS SERAN TALES".

Con el tiempo, en el acontecer vertiginoso de los años sesenta y setenta de la ciudad, aquel grupo tuvo notables currículos. Hoy habrá que reconocer como artífices sublimes de todo aquel variopinto colectivo, modelando sentimientos, formación e información, educando cuerpos tiernos, almas con hambre perpetua, a doña Mercedes; doña María; a los tres



"...la hora de nuestros usos y costumbres venía también marcada por el reloj de la Catedral".



“A la sombra de esa misma Catedral, la de Santa María, la Vieja, la otra...”

Federicos: Aguillo, el del bastón, Federico, hermano menor de mi abuelo paterno el de Betoño, y don Federico Ullivarri, inquieto, solidario y profundo, entre otros. A él, amigo y cuasihermano de mi padre, acostumbro a saludar todavía cuando tengo ocasión. Lo hago con idéntico agradecimiento, afecto y cariño, y como cabría esperar de un alumno en reconocimiento y estima de tan notables precedencias.

A la sombra de esa misma Catedral, la de Santa María, la Vieja, la otra, la que habría de convertirse mucho más tarde en la Nueva, andaba aprendiendo a caminar. Así toda ella cortadita, desde el empeine hacia arriba, también se nutrió de su espíritu, de aquél que resulta ser consustancial a las catedrales, y del que también se alimentaba el brillante jesuitismo académico de la Vitoria de posguerra.

Con titularidad en Jesús Obrero, la espiritualidad del Padre Hernando y el pragmatismo inteligente del Hermano Celaya contribuyeron, junto a los antes citados y otros notables vitorianos, a obrar milagros para una ciudad que, después ya finisecular, habría de manifestarse sorprendente en cuadros, liderazgos y excelencia. Una vez más, a la sombra de la Catedral.

Schommer la fotografió, muchos la dibujaron. Jimeno Mateo la radiografió, como trabajo de ingreso en la Bascongada (1989), en su recopilación “Pueblos e iglesias de Álava” y encabezó con Dibujo de Línea una investigación de campo y de estudio que había comenzado ya en 1967. Otros la pintarían, incluso por fuera. Y también hubo en sus entrañas música excelsa ante la inmensidad del más allá; algún susto que otro; mucho de incienso y de Lignum Crucis, y amplia teología, cuando figuraba como cabecera episcopal en única Diócesis



trilateral. Antes, la nada y luego, algo menos, por culpa de la desidia. Hubo luz, perdón, confirmación y banquete, bodas y despedidas, preparativos al Orden y otra vez el ciclo retroalimentador en cultura, en un cultivo interesado en supervivencias.

Entrañable resulta, por otro lado, el recuerdo de la doble fila de seminaristas ‘–morcillas con pimienta–’ subiendo hacia la Catedral de Santa María procedentes de su retiro formativo allí en Ali. Y así, ‘magnis itineribus’, un par de kilómetros y aguas arriba, hacia el Templo, pasaban justo por delante de la casa donde vine al mundo. Ayudada mi madre –primeriza ella– por la diestra mano y abundancia de gracia de doña Nieves Foronda, también de la Correría y a su vez hermana de don Daniel. El inmueble, todo hay que decirlo, municipal y en cuyo frontal y a sus ventanas se asomaba la familia de Miguel Ángel Echevarría, empresario y veterano concejal, y en ambos excelente donde los haya.

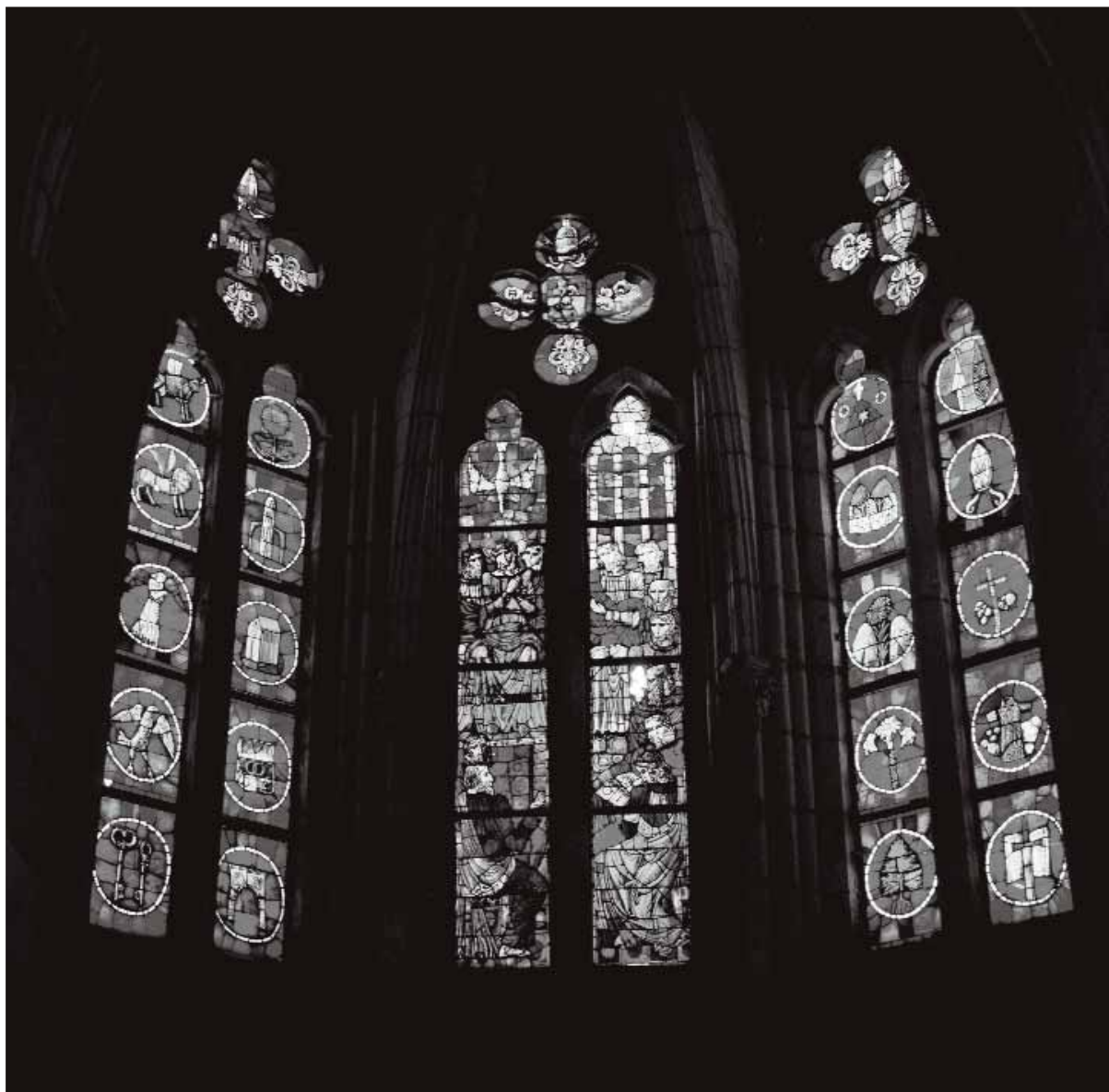
Abajo, y de cantón a cantón, ejercían mercado ‘la Cesárea’, ‘la Antonia’, ‘la Amelia’, ‘la Tere’ y José Mari. Éste, cual Isidro Labrador, aprovechaba, al igual que más tarde se haría con el bocadillo, la depresión de la media mañana para escaparse hasta la Catedral y oír misa. Seguía ‘la Nicolasa’, la lechera, y se acababa con ‘la Ricarda’. Todas ellas, y sobre mármoles blancos, oficiaban el granel –acabado ya el uso de cartilla de racionamiento– manivelando con artefacto extractor el aceite, ágiles dueñas del decilitro y del medio cuartillo, habitual dispensador. Y lo practicaban resolviendo economías que, en su mayor parte, se despedían siempre dando las gracias con aquel soniquete diario: ¡Apúntamelo!

Con un antes y su después, ahora en la acera de los pares, en edificio continuado en cuya fachada

posterior se recibían luz, vencejos y los sonidos propios que procedían de Catedral, y sobrevolando almenas, murallas, Escoriaza-Esquivel, patios de juegos, jardines, exuberancia salvaje, heridas y tierra, polvo y algún cachete que otro, se fue aprendiendo a adecuar incipientes recuperaciones urbanísticas y a diseñar normativa útil a tiempos que luego habrían de venir. Habría de constituirse, con el paso del tiempo, en buena escuela ciudadana. Nos mantenían en dignidades Lucio –no en vano era el chofer del alcalde–, ‘los Moraza’, el músico Salinas, Resa, ‘los Armentia’, Navarro, y tantos y tantos otros que, en mayor o menor medida, con más o menos humor, y con su propia fe, concienciación, gozo y sacramento, fueron pasando y repasando desde la cuna hasta el atardecer de sus propias vidas.

Tuve el honor –por ello mi eterno agradecimiento al detallazo– de proceder a la primera lectura, junto al ara de la Catedral, en la eucaristía de la despedida de mi padre, en agosto de 1994. Una vez cerrada al culto para el inicio de las actuales obras –hoy éstas se han hecho imprescindibles para poder comprender un nuevo siglo para la ciudad de Vitoria– la autoridad competente permitió su apertura excepcional para poder honrar la memoria de Txomin. Con parroquiano tal se rompió una tradición de molde secular en el aprecio catedralicio.

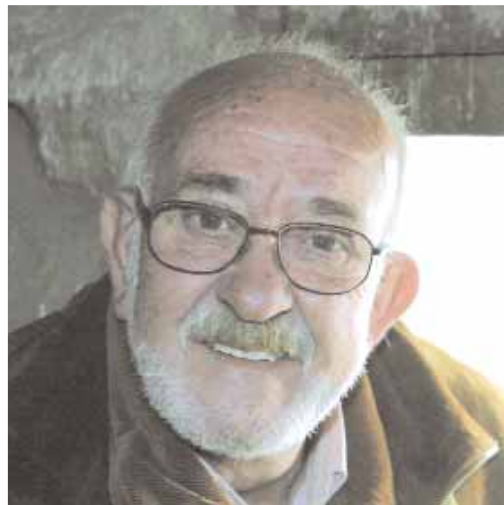
Y muy posiblemente aquello coincidió con el nuevo y potente ensayo para la modelización re-creativa que se viene realizando en la Catedral y que a la fecha tiene ya numerosos incondicionales. El equipo rehabilitador tras los logros alcanzados está obligado a continuar con tan pretendida nobleza proyectiva. En ello andan, y además lo están haciendo muy bien.



“En esa proximidad y cercanía, cuando no inmediatez, de la Catedral de Santa María...”



“Schommer la fotografió, muchos la dibujaron”.



JOSÉ MANUEL LASARTE

Desde su actual residencia en Salamanca, José Manuel Lasarte recuerda su vida en Vitoria, especialmente su infancia, ligada a la Catedral Vieja. Como muchos de los niños vitorianos de aquella época, su primer contacto con el templo fue a través de la música y de don Dimas Sotés, el maestro de Capilla, un nombre que aparece con frecuencia en los relatos nostálgicos de todos aquellos que un día dijeron: ¡vaya el templo!



Nací en el año 36 en el Portal de Arriaga, donde la casa de aquella cruz... 'lo que tú eres yo fui, lo que yo soy tú serás'... No lo recuerdo, pero me bautizaron en la Parroquia de Santa María. Y años después, fui a la escuela del Campillo. Así que todos los días subía la cuesta de Santa María y seguía por delante de la Catedral, al menos cuatro veces, para cubrir los trayectos entre mi casa y la escuela.

Un poco más mayorcito, y al salir del colegio, mis compañeros y yo nos poníamos a jugar a la pelota en el rincón que había al lado de la parroquia, pero enseguida venía el guardia gordo... y a correr. Creo que no seríamos los causantes del deterioro que posteriormente ha sufrido la Catedral Vieja.

Y si el bautizo no dejó huella en mi mente, de la Primera Comunión sí que me acuerdo, sobre todo del traje de marinero que llevé aquel día. Y de la confirmación, que también fue en la Catedral. ¡Ah! Y allí mismo me dio una... el Obispo, quizá fuese Ballester, pero no le guardo rencor.

En invierno, la cuesta de Santa María era nuestra pista de hielo particular. Descendíamos en una tabla que en una ocasión terminó estrellada en El Portalón pero ni lo tiramos ni matamos a nadie de los chatarreros.

Sin embargo, y pese a haber sido escenario de muchas travesuras, mis mayores recuerdos los tengo del coro de la Catedral. Sólo íbamos a cantar en las festividades y en las grandes ocasiones los sesenta niños de la Escolanía de tiples no cabíamos



“Sólo íbamos a cantar en las festividades y en las grandes ocasiones los sesenta niños de la Escolanía de típlés no cabíamos en el coro”.

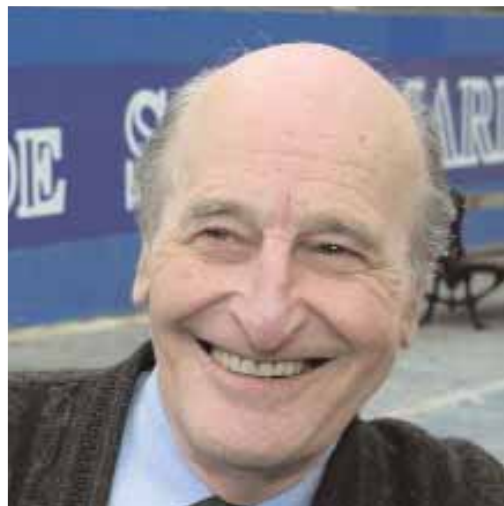
en el coro. Yo creo que cantábamos allí donde entonces se sentaban los canónigos. Don Dimas Sotés, el maestro de capilla, nos dirigía muy bien en eso de la Misa de Angelis. Después llegaba la Semana Santa y, bueno, durante una época prácticamente vivíamos dentro del coro de la Catedral. Pegábamos unos gritos que yo bien creo que pudieron ser los

causantes de toda la movida de cimientos que ahora se intenta corregir.

Y no puedo terminar esta vieja historia sin tener un recuerdo para mi buen amigo Manolo Andoin por las veces que me hizo contemplar la Catedral al pasar por su taller. Un saludo del ‘Chiflo’.

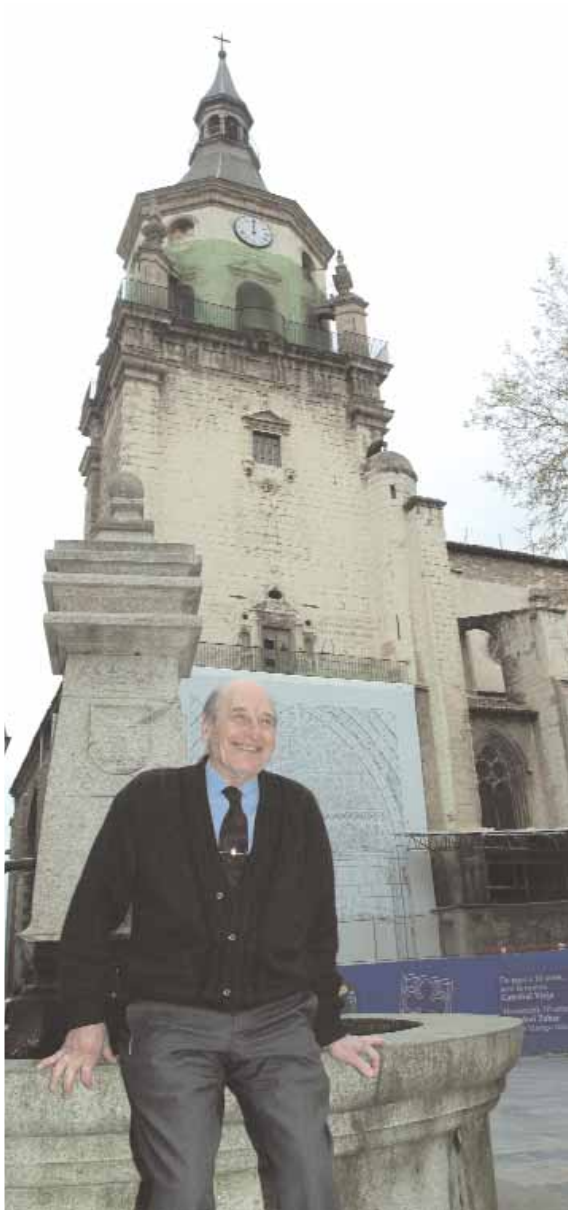


“Los ladrones sabían de antemano que la llave del tesoro Catedralicio se guardaba en un armario”.



JOSÉ MARÍA SEDANO

Decano del periodismo en Álava, es el primer vitoriano que ha recibido el Celedón de Oro en dos ocasiones. José María Sedano, licenciado en Derecho por la Universidad de Salamanca y miembro destacado de la Real Sociedad Bascongada de Amigos del País desde los años 50, narra con mimo los episodios, tal vez menos conocidos, ocurridos en la Catedral de Santa María.



La larga vida de la catedral ha estado llena de historias y anécdotas. En primer lugar quisiera referirme al fallido secuestro de los restos de San Prudencio. Muchos han sido los intentos que Vitoria ha hecho en el transcurso de los tiempos para que los restos mortales de este santo volvieran definitivamente a la Provincia de Álava, pero siempre sin resultados positivos. Hace 41 años se conmemoraba el centenario fundacional de la Diócesis de Vitoria, constituida en la capital alavesa el 28 de abril de 1862, cuando abarcaba las Provincias de Álava, Guipúzcoa y Vizcaya.

El 27 de abril de 1962, en el aludido centenario, los restos de San Prudencio volvían por primera vez a su alavesa tierra natal por excepcional autorización del Obispo de Calahorra, La Calzada y Logroño, gracias a las gestiones que hizo ante su colega el prelado de Vitoria –y vitoriano de nacimiento– don José María Larrauri. Sin embargo, hubo una esencial condición por parte del obispo riojano: el arcón con los restos de San Prudencio, venerados en la Catedral de la Redonda, debería ser devuelto a Logroño antes de transcurridas veinticuatro horas de su arribada a Vitoria.

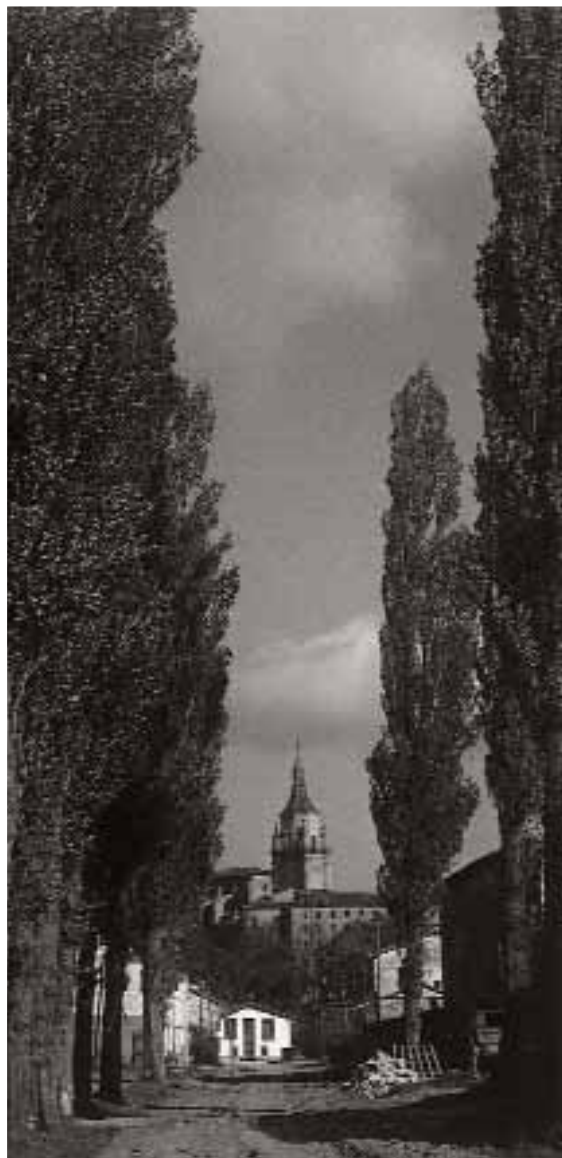
El asunto del secuestro se forjó días antes en el Seminario de Vitoria. Un grupo de seminaristas teólogos trazó el plan. La operación se llevaría a cabo frente al vitoriano colegio de las Ursulinas, lugar en que el sarcófago sería descargado de la furgoneta que lo transportaba para colocarlo en una carroza que lo llevaría luego al salón de Juntas Generales, en la Casa Palacio de la Provincia, lo que en la actualidad es el edificio de la Diputación Foral de Álava. El secuestro no fue posible en semejante lugar.

El golpe podría consumarse, entonces, al día siguiente, 28 de abril festividad de San Prudencio, en la Vieja Catedral de Santa María, a donde se había trasladado el arcón. El momento, después de oficiarse la Misa Pontifical por el Nuncio de Su Santidad Hildebrando Antoniutti, el Cardenal que ocho años antes había coronado canónicamente a la Virgen Blanca como Patrona de Vitoria.

Sin embargo, el secuestro resultó nuevamente fallido porque un profesor del Seminario de Vitoria, conocedor del plan, se fue de la lengua y “lo chivó” a sus superiores. Estos hechos me los narró personalmente un ex seminarista que los vivió de manera singular, un vitoriano muy popular en la capital alavesa que sigue trabajando por nuestra provincia en varios campos de la cultura, pero que jamás se ha dedicado a la política.

Años después, la Catedral volvió a ser escenario de un sacrilego suceso. En 1981, ladrones profesionales de tesoros artístico-religiosos robaron una cruz procesional de plata del famoso orfebre florentino Benvenuto Cellini, varios cálices y dos coronas de la Virgen del Rosario, imagen venerada en nuestra Vieja Catedral, a la que en muy lejanos tiempos se tuvo como la principal de Vitoria.

En el tercer tomo del Catálogo Monumental de la Diócesis de Vitoria (año 1971) pueden contemplarse ocho magníficas fotografías que, en detalle, muestran la riqueza de esta cruz desaparecida. Se dice que la cruz atribuida a Cellini puede datarse hacia el año 1540; obra de magnífica calidad de estilo plateresco. En los brazos de la misma aparecen riquísimos detalles. En el anverso, dedicado a Cristo, se disponen relieves de la Pasión



“La larga vida de la catedral ha estado llena de historias y anécdotas”.



del Señor y bustos de cuatro apóstoles. En el reverso, la Asunción de la Virgen, escenas de la Navidad y las figuras de otros apóstoles.

Era exactamente la noche del lunes 7 de diciembre de 1981 cuando se produjo este sacrílego episodio. Los ladrones conocían que a las ocho de la noche iba a celebrarse una boda en el Altar Mayor de la Catedral. Aprovechando los esponsales entraron en el templo. Finalizada la ceremonia se escondieron en lugar indeterminado. Los astutos ladrones sabían de antemano que la llave del Tesoro Catedralicio se guardaba en un armario. Lo demás es fácil imaginárselo. Sigue existiendo la presunción de que los expoliadores huyeron con su botín por las escaleras que dan –o daban– acceso a la calle Cuchillería. Lo cierto es que, después de 22 años, el robo de la Catedral de Vitoria, allá arriba en El Campillo, sigue sin esclarecerse.

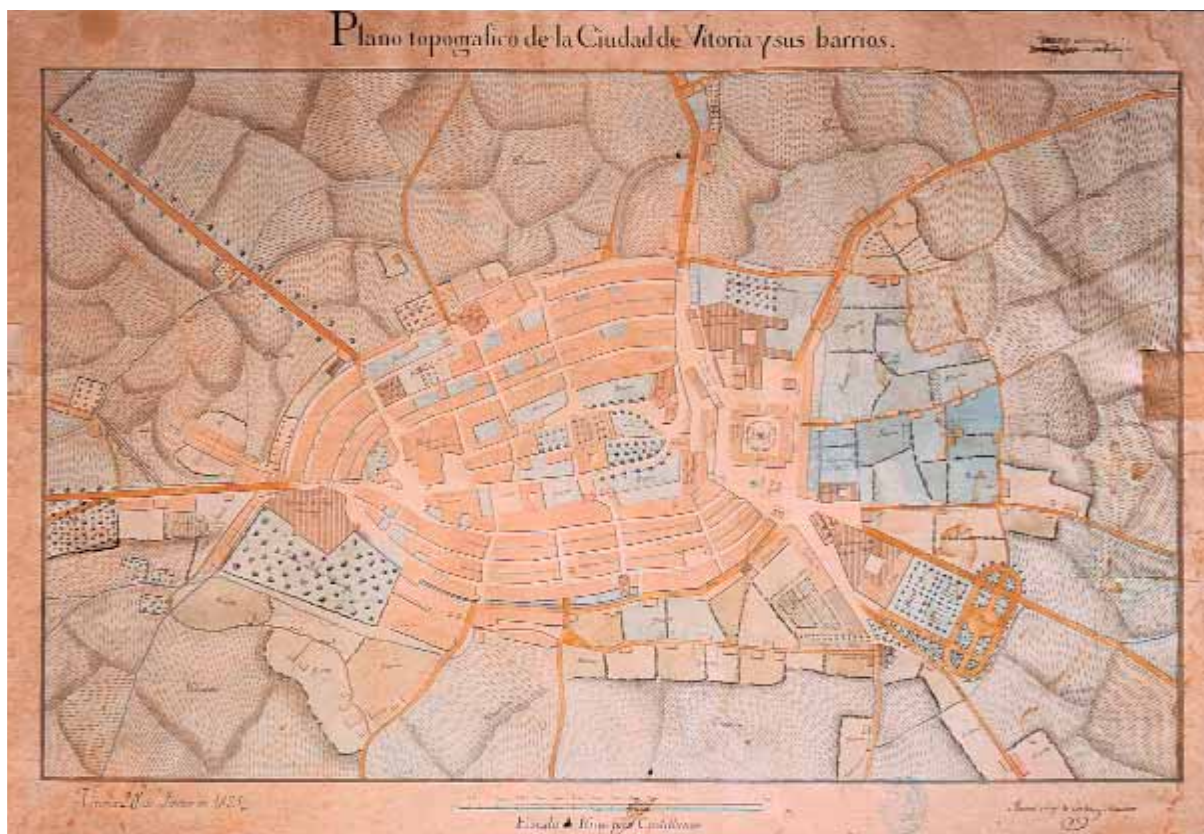
Dos años antes del latrocinio en la Catedral de Santa María, el 25 de diciembre de 1979, robaban en el navarro santuario de San Miguel de Aralar su extraordinario retablo. Entre 1981 y 1986 la Interpol y la policía francesa recuperaron las piezas del mismo. En Vitoria no hemos tenido igual suerte con la cruz monumental de Benvenuto Cellini.

Los incendios tampoco han dejado indiferente a la Catedral. El templo ha sido pasto de las llamas en cuatro ocasiones en los últimos tres siglos. De todos ellos, el más pavoroso fue el de 1856, relacionado con la horrible plaga del cólera que desde mediados de 1855 asoló Vitoria ocasionando buen número de fallecimientos. Estos, afortunadamente, cesaron a primeros del año siguiente. Y para celebrar el fin del estrago epidémico, la ciudad se volcó en fiesta,

organizándose como acto principal un solemne Te Deum de acción de gracias en la Colegiata de Santa María –antecesora de la Catedral actual– el 20 de enero de 1856.

A su término se disparó un gran número de cohetes y se encendieron fuegos de artificios. Alguno de ellos se introdujo en el campanario y prendió instantáneamente en la madera del armazón. Otra versión dice que un cohete prendió en el nido de la cigüeña. En cualquier caso, el fuego alcanzó grandes proporciones y lo que hasta el momento era alegría general se trocó en pavorosa alarma. La confusión originada en los primeros momentos, unida a la falta de agua y material adecuado para extinguir las llamas, hizo que el fuego se propagara desde la torre al pórtico. Para salvar el templo y evitar la consiguiente quema de la iglesia, dicen los historiadores que el remedio consistió en disparar un buen número de cañonazos desde la actual plazuela de Santa María. Y así, según creencia, se salvó la Colegiata que seis años más tarde era erigida como Catedral de la Diócesis de Vitoria, acogiendo a las Provincias de Álava, Guipúzcoa y Vizcaya.

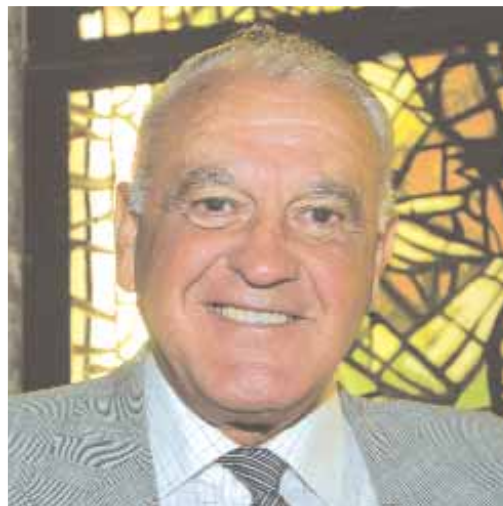
Respecto a los otros tres incendios que ha sufrido el ahora templo Catedralicio, éstos han tenido diferente causa. En 1743 un rayo casi pulverizó las bolas de adorno de la torre. En marzo de 1839 aconteció algo parecido, aunque el siniestro fue de menores proporciones, y en 1922 los responsables fueron unos chispazos que se iniciaron en las proximidades de la Capilla del Cristo. Desde luego que el más espectacular fue el del 20 de enero de 1856, con cañones apuntando y disparando despiadada pero muy eficazmente al torreón. Así, parece ser, se salvó de las llamas la Colegiata de Santa María, hoy Vieja Catedral.



Plano topográfico de Vitoria-Gasteiz del año 1825.



“...no íbamos demasiado lejos y salíamos a jugar al fútbol en la misma plazoleta de la Catedral”.



IGNACIO LARRAÑAGA

Este técnico industrial retirado conserva en su memoria un nombre, el de don Dimás Sotés, el sacerdote que, entre otras muchas cosas, le enseñó solfeo en la Catedral de Santa María. A los siete años de edad descubrió una afición que le llevó a terminar la carrera de piano en el Conservatorio. Aún hoy compone partituras y toca casi a diario a sus autores favoritos, entre los que se encuentran Wagner y Mozart.



Mis recuerdos de la Catedral se enlazan con la Escolanía de Tiples que fundó el maestro de Capilla de la Catedral de Santa María, don Dimas Sotés, en 1939. Aún hoy mantengo una fuerte amistad con muchos de aquellos chiquillos que, como yo, recibían una formación musical y escolar en un cuartito situado detrás de la Sacristía. Todo comenzaba a las ocho y media de la mañana. Había que correr mucho porque el que no entraba en la Catedral antes de la última campanada se quedaba luego auto-castigado a 'maitines'. Siempre aparecíamos por el Cantón de las Carnicerías a toda prisa. Entrábamos en el templo y corríamos a colocarnos en nuestro sitio en la pequeña aula.

De ocho y media a nueve y cuarto recibíamos nociones de solfeo. Una vez terminada la clase, los tiples nos trasladábamos al coro bajo, al que se accedía por unas entradas laterales. Allí nos sentábamos en un altito a esperar el comienzo de la liturgia. Los canónigos tenían que estar preparados a las nueve y media en punto. A esa hora se cerraba la verja de barrotes de hierro que delimitaba el coro en su parte central, y los sacerdotes retrasados se veían obligados a entrar al coro por la puerta lateral. Allí los esperaba el semanero –el encargado durante esa semana del buen hacer de los oficios religiosos–, que apuntaba el nombre de los que habían llegado tarde. Cuando los sacerdotes querían gastarles bromas a sus compañeros, nos hacían un guiño para cerrarles la verja justo cuando les veían aparecer corriendo a la escasa velocidad que les permitía la sotana. Era un momento divertido.

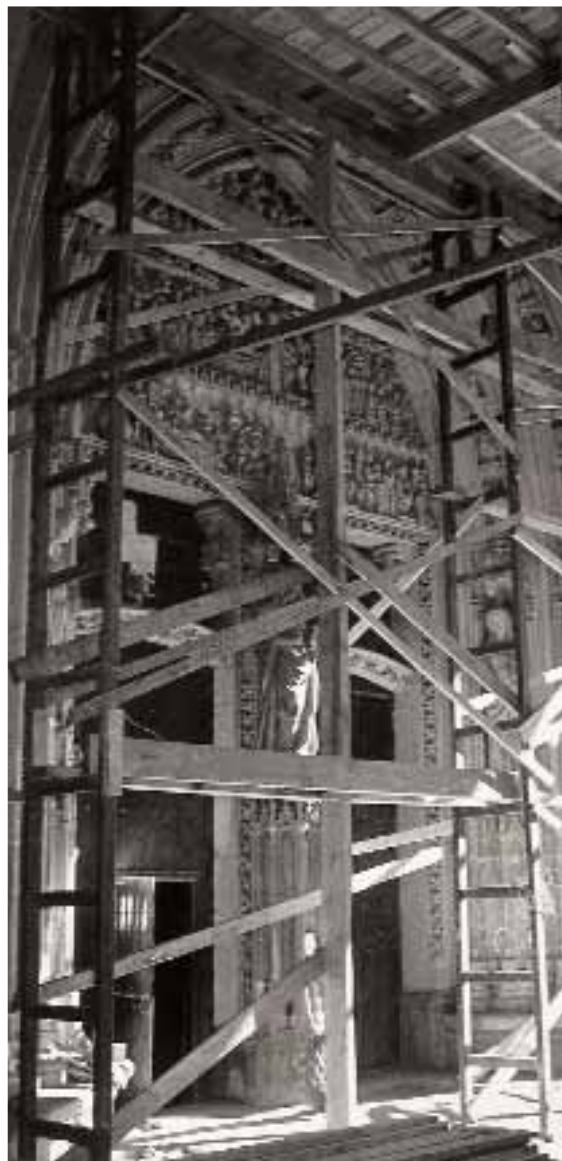
A partir de las nueve y media teníamos el coro y después la misa. A las once regresábamos al recinto interno donde se ubicaba la escuela. Recuerdo con

cariño las clases de don Juan José Lafuente. No fue él nuestro primer maestro, sino don Luis Fernández de Retana, que venía desde el frente de Villarreal y nos contaba cómo se desarrollaba la Guerra Civil.

A las doce y media nos marchábamos a casa a comer. Y repetíamos la misma operación de la mañana a partir de las tres y media de la tarde. Nos tocaba cantar hasta las cuatro y media. Desde esa hora hasta la seis teníamos otra vez clases de escuela. Después nos podíamos marchar. Sin embargo, no íbamos demasiado lejos y salíamos a jugar al fútbol en la misma plazoleta de la Catedral. Recuerdo que cuando llovía jugábamos al fútbol en el pórtico. Los sábados se cantaba el rosario.

Una festividad especialmente bonita era la del Domingo de Ramos. Además de su vistosidad, cuando terminaba la liturgia empezaba para nosotros otra fiesta: cada sacerdote recibía una palma, que nosotros llevábamos hasta su casa. Por este pequeño servicio nos daban la 'propi'. El que más corría se llevaba más palmas y, por lo tanto, más dinero.

Sin embargo, a pesar del dinerillo que conseguíamos ese día, el momento más esperado de la Semana Santa era el de la celebración de los Oficios de Tinieblas. A las tres de la tarde tocábamos a Tinieblas. Nosotros éramos los encargados de hacer el ruido que representaba la furia divina por la crucifixión de Jesucristo. Para hacer el mayor bullicio posible ese día llevábamos al templo botes llenos de piedras que golpeábamos contra los bancos de la Catedral. Solíamos aprovechar el ruido para clavar en los bancos los faldones de las señoras. Nos reíamos mucho cuando, una vez acabada la ceremonia, intentaban levantarse del asiento.



“En la restauración de los años 60 todos los andamios eran de madera”.



“La Catedral de Santa María ha sido siempre protagonista de su propia leyenda y la de miles de vitorianos que han traspasado su pórtico”.



FÉLIX

MARTÍN LATORRE

El interés de Félix Martín Latorre por la historia de Álava nos aproxima a curiosos episodios en los que la Catedral Vieja fue la protagonista y que muestran aspectos desconocidos para la gran mayoría de los que hoy la redescubrimos con admiración. Al igual que en otros personajes de su edad, muchos de sus recuerdos sobre el templo vitoriano son sonoros, y demuestran la importancia que el viejo edificio tenía en su vida y en la de los vitorianos de hace más de medio siglo.



La Catedral de Santa María ha sido siempre protagonista de su propia leyenda y la de miles de vitorianos que han traspasado su pórtico. Pero su influjo nunca ha acabado entre las cuatro calles que la enmarcan. Cualquier trabajo histórico sobre Álava termina dando cabida a reseñas sobre la Catedral Vieja. Así, durante el curso de la elaboración de dos pequeños trabajos relacionados con el “Hospital de Santa María” y los “Viejos relojes de la ciudad” encontré numerosas referencias a la Catedral y, en concreto, a su historia.

Según abundantes datos que se recogen en diferentes libros de actas y acuerdos del Ayuntamiento vitoriano, había dos festividades durante el año que eran especialmente celebradas por los moradores de Gasteiz: la de San Juan Bautista, en el mes de junio, y la de Santa Ana, en julio. Hay quien asegura que, desde época desconocida por su antigüedad pero que aún subsistía en el siglo XVIII, el día de Santa Ana fue la fiesta principal de Vitoria. En ambas, aparte de otras diversiones, había corridas de toros en la plaza de la Catedral. Para ello se cerraban las calles que desembocaban en la misma, tal y como se describe en dichos libros:

“Que según costumbre, que a otro día de Señora Santa Ana, se ubiesen de correr los toros en la plazuela de la Yglesia Colegial...”

“...que mañana martes 28 de este mes de Julio se corran los toros en la plazuela de la Yglesia Colegial como es costumbre...”. 27-7-1609

“Sobre el regocijo de los toros que por la fiesta de la Gloriosa Santa Ana acostumbra esta Ciudad

tener en la plazuela de la Colegial desta ciudad en cada año, pasada la dicha fiesta y la dificultad que hay de encerrar los toros en la dicha plazuela y desacomodo puesto para verlos correr, acordaron y mandaron los dichos señores que se corran los toros en la plaza Mayor desta ciudad el martes que viene que se contarán 2 de Agosto y se prevenga para el dicho día la colación ordinaria y sea por cuenta desta Ciudad". 23-7-1611

"Leyóse otra petición del Mayordomo. Dice que se le paguen 1.380 maravedís que gastó en 40 cabrios para poner en las barreras de la plaza y para la plazuela de Santa María, los días del regocijo de toros...". 26-3-1613

El pórtico de Santa María también servía como escenario de acontecimientos que se producían en la ciudad con motivo del paso de personajes de la realeza, o de elevada condición, y el mal tiempo impedía la celebración de determinadas ceremonias a las puertas de la ciudad, según era su costumbre:

"Ayer martes por la tarde, primero de este mes, había llegado Su Majestad (Felipe V) y no se pudo recibirle bajo palio ni entregarle las llaves, por causa de los malos temporales". (La ceremonia se efectuó en la mañana de este día, en el pórtico de Santa María, seguida de función religiosa en el interior del templo). 2-2-1701

Uno de los hospitales por entonces existentes en la ciudad, el de Santa María –que en algún tiempo fue conocido también con el nombre de "Santa Ana"– se decía en 1596 estar situado frente a la iglesia de Santa María... "pared por medio del granero de ella". El edificio del hospital completaba



"El Pórtico de Santa María también servía como escenario de acontecimientos que se producían en la ciudad..."



“Creo que fue allí, siendo un muchacho, donde por primera vez escuché aquella melodía...”

el cierre de la plaza por su lado norte, hasta el granero colindante de la iglesia. Este extremo parece confirmar el hecho de que en 1508 al levantar los obreros los pilares de la iglesia, probablemente los de su pórtico, derrocaron gran parte del hospital sin previo aviso. Esta circunstancia motivó que se reuniera urgentemente el Ayuntamiento, propietario del inmueble, el 1 de julio de aquel mismo año.

Sin duda, como muestra de la subordinación existente por entonces del poder civil al religioso, se acordaba “...que la obra de la dicha iglesia no se toque por ser servicio de Dios, y que los clérigos y parroquianos fagan obligación de pagar el daño hecho y lo que se fijare sea para reedificar dicho Hospital”.

Los clérigos y parroquianos acabaron por comprometerse a abonar 10.000 maravedíes para reparar el daño. Cuando en 1514 el Ayuntamiento decidió, al fin, ejecutar las obras de reedificación del edificio, aprovechó dicha circunstancia para “abrir calle pública con otros 4 estados de terreno” perteneciente al hospital. Este parece ser el momento en que se llevó a cabo la apertura del popular “Cantón de las Pulmonías” que hoy enlaza la plazuela de Santa María con el final de la calle Correría y Portal de Arriaga. Para compensar al hospital por esta pérdida de terreno, el Ayuntamiento abonaba al mismo tiempo 15.000 maravedíes y le compraba dos casas existentes delante de la iglesia, con sus huertas, propiedad de Martín Martínez de Bermeo.

Y aunque la Catedral de Santa María no sólo ha llegado a mi vida a través de los libros, mis recuerdos están íntimamente ligados a ellos. Mi memoria evoca la solemne ceremonia que nos describe Eulo-



"Su grave retumbo se extendía tranquilo y relajante en un ambiente casi soñoliento, sobre todo en las tardes veraniegas sin viento,..."

VIEJAS HISTORIAS DE
LA CATEDRAL VIEJA



FÉLIX
MARTÍN LATORRE



“Cualquier trabajo histórico sobre Álava termina dando cabida a reseñas sobre la Catedral Vieja”.

gio Serdán en “El libro de la ciudad” a cerca del populoso recibimiento dado por la ciudad al Tercio Alavés a su regreso de la guerra de África, el 15 de mayo de 1860. También la imponente función religiosa del día siguiente en la Catedral, tras la cual quedaron depositados en el templo, y posteriormente colocados sobre el portavoz de uno de los púlpitos, diversos trofeos cogidos al enemigo, además de la Bandera y Banderines del Tercio, y la faja del General D. Carlos María de Latorre. Añadía Serdán en su obra: “Cómo no recordar la redondilla que el barbero Arbulo puso en el frontis de su establecimiento en la calle Prado nº 4.

*“Con el mayor gusto y celo
y sin ningún interés,
se afeita y se corta el pelo
a todo el tercio alavés”.*

Entre los momentos personales de mi infancia y juventud ligados a este edificio que forma ya parte de nuestra historia, me resulta entrañable aquella mañanera procesión del día de San Prudencio que desde la Diputación se dirigía por las cuestas de San Francisco y San Vicente hasta la Catedral, con la imagen del Santo a hombros de los seminaristas. Al mismo tiempo, la Schola Cantorum iniciaba en Villa Suso el canto de su himno, que continuaba a lo largo de la solitaria calle Santa María, hasta hacer entrada en el templo. Imborrable estampa la de sus becas rojas ondeando al viento en aquellas alturas. Creo que fue allí, siendo un muchacho, donde por primera vez escuché aquella melodía, que todavía recuerdo, interpretada por tan estupendas, numerosas y bien timbradas voces.

Antes de acabar el año, allá por el mes de noviembre, tenía lugar una ceremonia similar, durante la celebración religiosa conmemorativa de las Juntas de Santa Catalina por la Diputación de Álava. Allí se iniciaba el desfile de la comitiva hasta pasar junto a la Iglesia de San Pedro y, por la Herrería, se alcanzaban a su final las escaleras del cantón por el que se subía hacia el costado de la Catedral. En su pórtico era recibida por el Obispo, ya revestido, y el coro de los canónigos. A continuación se pasaba al interior del templo en el que, después de una procesión por todo su interior rodeando la girola, se repartían cirios entre los asistentes.

Sin embargo, en ninguna de estas ceremonias se daba protagonismo alguno a ‘La Garbancera’, campana que llamaba a los canónigos a la oración de la tarde y cuyo sonido es otro de los recuerdos que me han quedado grabados de mi niñez. Su grave retumbo se extendía tranquilo y relajante en un ambiente casi soñoliento, sobre todo en las tardes veraniegas sin viento, en las que parecía llegar más lejos descendiendo desde las alturas. En nuestros juegos profanos, su repique, lejos de llamar a oración, indicaba que eran las cuatro de la tarde y se acercaba con cierta alegría la hora de merendar.

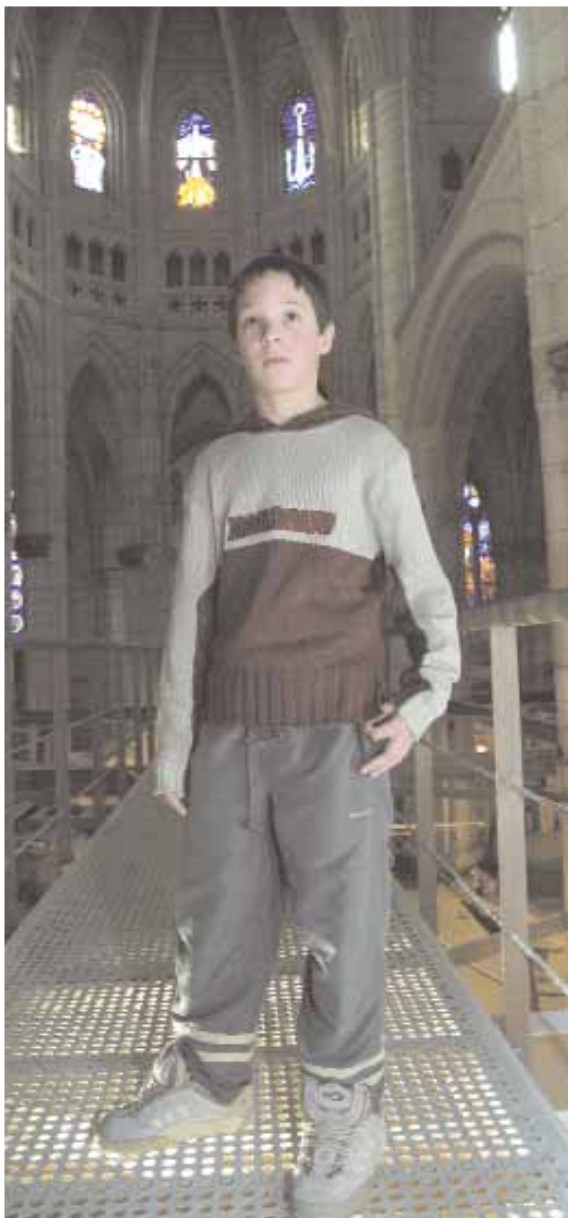


“La Catedral Vieja es como una caja de sorpresas. Nadie le hacía caso, porque estaba en ruinas, pero ya han iniciado las obras para su restauración”.



ITOIZ
URRETA

Representa a una nueva generación de vitorianos que se sienten orgullosos de la Catedral de Santa María. A diferencia de los otros protagonistas de estas “Viejas historias..”, Itoiz Urreta tiene aún mucho camino por recorrer en la vida. A buen seguro que la Catedral estará presente en muchas de sus vivencias y, pasado un tiempo, tendrá oportunidad de recordarlas con agrado.



Nací en Vitoria hace 12 años y mi corta vida ha estado unida desde el principio a la Catedral de Santa María. Desde la ventana de mi casa, en la calle Chiquita, contemplo cada día la torre. Es como un vigilante que me saluda cuando me despierto. En ocasiones y asomado a la ventana, me imagino a los guerreros que en la Edad Media hacían guardia en el Paso de Ronda.

La Catedral Vieja es como una caja de sorpresas. Durante muchos años ha permanecido cerrada, abandonada. Nadie le hacía caso, porque estaba en ruinas, pero ya han iniciado las obras para su restauración.

Cuando la reabrieron para los visitantes me animé a visitarla. Era la primera vez que me adentraba en ella y desde entonces he hecho más de treinta visitas, la mayoría con mis amigos y mi familia. De tantas veces que he estado ya me he hecho amigo de las guías.

Siempre que visito la Catedral me sorprende. Su aspecto cambia día a día por las obras que se están haciendo en ella. Desde siempre he estado interesado por la arqueología y por eso me sorprendieron mucho los restos de edificaciones y enterramientos que se han encontrado en la Plaza de Santa María y en el interior del templo.

Siempre que visito la Catedral me llama la atención el órgano. Tengo curiosidad por escuchar sus sonidos, aunque mientras dure la restauración no será posible. Seguro que pone los pelos de punta, pero por ahora no es posible tocarlo. Para evitar que se llene de polvo le han colocado un plástico para protegerlo. Parece una novia que se fuera a casar con un gran velo.



“...me sorprendieron mucho los restos de edificaciones y enterramientos que se han encontrado en la Plaza de Santa María y en el interior”.

Otro de los elementos que me sorprende es el pórtico. Es como si fuera un gran cómic y en la antigüedad servía de gran ayuda para las personas que no sabían leer. De esa forma podían conocer las historias que se cuentan en la Biblia.

La Catedral de Santa María es un monumento del que me siento orgulloso porque significa mucho para mí y mis vecinos de Vitoria. Por eso animo a todos los que no la hayan visitado a que se den un paseo por ella. Seguro que aprenderán muchas cosas de la historia de una ciudad tan bonita como la nuestra.



Marcas de compás para trazas de cantería.

Corría el año 1994 cuando la Catedral de Santa María de Vitoria cerró sus puertas al público. Fue una decisión dolorosa, pero inevitable por los graves problemas estructurales que arrastraba desde sus orígenes. A las puertas del nuevo milenio, sus heridas en muros y pilares se manifestaban en toda su crudeza y con un riesgo evidente de colapso total.

Pero el edificio, un templo gótico cuyos orígenes se remontan al siglo XIII, no sólo estaba enfermo en su estructura. La sociedad vitoriana le había dado la espalda, un comportamiento determinado por la construcción de una nueva catedral, el crecimiento de la ciudad y la creciente marginalidad del Casco Medieval. Todo ello contribuyó a que el templo perdiera en gran parte su contenido simbólico.

Este panorama sombrío se ha aclarado, sin embargo, en los últimos años gracias a un ambicioso plan de restauración, reconocido por la Unión Europea (Premio Europa Nostra 2002 de Patrimonio Cultural), el Vaticano, el Ministerio de Cultura de España y prestigiosos arquitectos y arqueólogos internacionales como “el mejor proyecto de recuperación de un edificio histórico que en la actualidad se acomete en Europa”.

La energía espiritual acumulada por el templo a lo largo de su historia, el sentimiento que perdura en los ciudadanos y, factor decisivo, la lucidez de responsables institucionales y académicos han contribuido a que la Catedral de Santa María recupere el esplendor y el pulso de la ciudad para ser de nuevo el símbolo del que se sienten orgullosos miles de vitorianos.

La Catedral Vieja es cada día punto de encuentro de visitantes, arquitectos, arqueólogos, canteros, autoridades, universitarios, investigadores, religiosos, periodistas, obreros, restauradores, estudiantes,

vecinos, congresistas, urbanistas, especialistas en oficios tradicionales y técnicos profesionales, artistas y gente de la cultura,...

Esto demuestra que la restauración de la Catedral de Santa María implica mucho más que la simple recuperación arquitectónica del edificio. Se trata de un proyecto integral con múltiples efectos en ámbitos tan diferentes como la cultura, el turismo, la educación, la economía o la regeneración urbanística del entorno.

El prestigioso escritor Mario Vargas Llosa glosaba en su visita al templo dentro del ciclo literario “Encuentros con la Catedral” el espíritu de nuestro proyecto: “Es una obra monumental, en lo técnico y en lo arquitectónico, pero también por abrir el templo a la sociedad civil, recuperar las funciones artísticas, culturales, científicas, educativas,... de las Catedrales a lo largo de los siglos, y sobre todo, por ser el nexo de unión de las ilusiones de muchos ciudadanos por un gran proyecto común”.

La Catedral de Santa María está muy viva. No podemos ser tan presuntuosos de creernos los protagonistas de esta historia. Siempre los vitorianos lucharon a brazo partido por su Catedral. A nosotros nos toca emplearnos con los mejores medios en esta batalla. Y seguro que la Catedral Vieja nos devolverá, al modo bíblico, ciento por cada uno de los esfuerzos.

Ya lo está haciendo.

FUNDACION CATEDRAL SANTA MARIA





1⁹⁹⁴an Gasteizko Santa Maria Katedrala ixtea erabaki zuten. Erabaki benetan mingarria baina ezinbestekoa izan zen; izan ere, jaso zutenetik tenpluak izugarritzko egitura-arazoak zituen. Milurteko berriaren atarian, hormetako eta pilareetako arrakalak ezin larriagoak ziren eta goitik behera erortzeko arriskuan zegoen.

Beraz, benetan gaixorik zegoen XIII. mendeko tenplu gotiko honen egitura. Dena den, ez zen hori arazo guztia; horretaz aparte, gasteiztarrek zokoratuta zuten hainbat arrazoi zirela medio: katedral berriaren eraikuntza, hiriaren hazkundera eta Erdi Aroko hirigunea gero eta zokoratuago gelditzea. Horrela bada, pixkanaka tenpluak galdu egin zuen garai bateko indar sinbolikoa.

Bada, orain gaudituta dago egoera triste hori, asmo handiko zaharberritze-plan bati esker. Gainera, "Europar eraikin historiko bat berreskuratzeko burutu den proiekturik onena izan da" Europako Batasunak, Vatikanok, Espainiako Kultura Ministerioak eta nazioarteko arkitekto eta arkeologo ospetsuek aitortu dutenez.

Tenpluan historian zehar metatutako energia espiritualak, hiritarrengan bizirik dirauen sentimenduak eta, batez ere, arduradun instituzional eta akademikoen argitasunak distira eta hirian dagokion lekua ekarri diote berriro Santa Maria Katedralari, eta milaka gasteiztarren harrotasuna pizten duen sinboloa da berriz ere. Katedral Zaharrean gaur egun era guztietako pertsonak biltzen dira: bisitariak, arkitektoak, arkeologoak, harginak, agintariak, unitbertsarioak, ikerlariak, erlijiosoak, kazetariak, esku-langileak, zaharberritzaileak, ikasleak, auzotarrak, biltzarkideak, hirigileak, lanbide tradizionalak

adituak, teknikari profesionalak, artistak eta kulturako pertsonak...

Izan ere, Santa Maria Katedralaren berrikuntza ez da eraikinaren arkitektura berreskuratzeraz mugatu. Proiektu integrala gauzatu da eta, horregatik, oso eremu ezberdinetan du eragina: kulturaren, turismoan, hezkuntzan, ekonomian edota inguruko hirigintzaren birsorkuntzan.

Mario Vargas Llosa idazle ospetsua izan genuen oiraintsu katedrala bisitatzen "Katedrala Ezagutzen" literatur zikloaren barruan eta horrela laburbildu zuen gure proiektuaren izpiritua: "Obra monumentala da benetan, bai teknikoki eta bai arkitektonikoki, baina baita tenplua gizarte zibilari ireki zaiolako eta Katedralek mendeetan zehar izan dituzten arte, kultur, zientzia eta hezkuntza-eginkizunak berreskuratu dituelako ere, eta, batik bat, hiritar askok proiektu komun handietan dituzten ilusioak bildu dituelako".

Santa Maria Katedrala oso bizirik dago. Baina ez dugu harroputzak izan behar, gure burua historia honen protagonistatzat hartuz. Gasteiztarrek su eta gar egin dute beti Katedralaren alde. Eta ziur Katedral Zaharrak, biblian gertatu bezala, ehun aldiz biderkatuta itzuliko digula ahalegin bakoitza.

Eta hala da dagoeneko.

SANTA MARIA KATEDRALA FUNDAZIOA





"La Catedral de Santa María está muy viva".



Gran parte de la vida de la Catedral de Santa María de Vitoria-Gasteiz es la suma de vivencias de personajes conocidos y anónimos. Experiencias, sentimientos y emociones han surgido a su amparo durante años para estrechar aún más los lazos de unión entre los vitorianos y un monumento de singular valor.

Algunas de ellas toman ahora forma gracias a esta iniciativa puesta en marcha por la Fundación Catedral Santa María, responsable de la gestión y ejecución del proyecto de restauración, en colaboración con la Diputación Foral de Alava. "Viejas historias de la Catedral Vieja" supone un reencuentro con el pasado, un nexo con el lado más humano del templo gótico.

Las historias contenidas en esta publicación representan el punto de partida para recuperar la memoria viva, las vivencias en blanco y negro de miles de vitorianos que tienen en la Catedral de Santa María un referente de sus vidas. A buen seguro que los momentos y anécdotas aquí recogidos despertarán del olvido otros muchos recuerdos.



**Arabako Foru Aldundia
Diputación Foral de Alava**

ISBN 84-607-7958-0



P.V.P.: 15,00 €
(I.V.A. incluido)

*De niños, la Catedral nos parecía un monumento enorme, y a
naves góticas, y yo la comparaba con lo que hacía, con la música.
tan magnífico como la Catedral y ambas ascendían hacia*